El licenciado Vidriera

Comentario crítico y entorno histórico

Estudio sobre la novela de Miguel de Cervantes, con el texto íntegro y glosario



Wordkers

1613 · 2026

WORDKERS · 2026

El licenciado Vidriera

Comentario crítico y entorno histórico

Estudio sobre la novela de Miguel de Cervantes, con el texto íntegro y glosario



Wordkers

1613 · 2026

WORDKERS · 2026

El licenciado Vidriera

Comentario crítico y entorno histórico · con el texto íntegro de la novela de Miguel de Cervantes

Wordkers · 2026

Presentación: qué es este libro y cómo leerlo

Este libro no es una edición más de *El licenciado Vidriera*. Es, ante todo, un **estudio**: un comentario crítico y un mapa del mundo en que la novela nació, pensado para un lector culto que quiere entenderla de veras y no solo pasar los ojos por encima de ella. La novela de Cervantes —una de las doce que reunió en 1613 bajo el título de *Novelas ejemplares*— ocupa apenas unas cuantas páginas. Cabe leerla en una tarde. Pero cada una de esas páginas está tejida con hilos que hoy no vemos: alusiones a la vida universitaria de Salamanca, a los caminos de la Italia española, a la corte trashumante de Felipe III, a una medicina que explicaba la locura por el desorden de los humores, a una sátira de oficios que suponía un lector capaz de reírse de sí mismo. Devolver esos hilos a la vista es el trabajo de este comentario.

El plan del libro es sencillo. Primero reconstruimos **el mundo de 1613**: quién era Cervantes a los sesenta y seis años, qué eran las *Novelas ejemplares* y cómo se hacía y vendía un libro entonces; qué significaba estudiar en Salamanca, viajar por Italia como soldado, vivir en una corte que se había mudado a Valladolid; y, sobre todo, qué se entendía por locura en la medicina y en la literatura del Siglo de Oro. Después entramos en **la novela por dentro**: seguimos su argumento por tramos, examinamos sus personajes, su arquitectura, su lengua y sus temas. Luego ofrecemos una **antología comentada de las sentencias** de Vidriera, que son el corazón satírico del relato: cada dicho, a quién zahiere y por qué. Sigue un capítulo sobre la **fortuna** de la obra: cómo se ha leído desde el siglo XVII hasta hoy. Cierran el estudio una **cronología** de Cervantes y de la obra, y una **guía de lectura** con diez preguntas para el aula o el club de lectura.

Al final del volumen encontrará el lector el **texto íntegro** de la novela, tal como lo fijó una edición crítica moderna, acompañado de un **glosario interactivo**: las palabras que hoy resultan oscuras aparecen enlazadas, de modo que en el lector de libros electrónicos basta tocarlas para que la definición salte en una ventana emergente, sin perder el hilo de la lectura.

¿Por qué *El licenciado Vidriera* y no otra de las doce novelas? Por dos razones. La primera, práctica: es una de las más breves y de las más ricas en contexto, de modo que el comentario puede abarcarla entera sin fatigar. La segunda, de fondo: es la novela cervantina que más directamente pone en juego el saber, la crítica y el lugar del hombre lúcido en la sociedad, temas que no han envejecido. Leerla despacio, con su mundo restituido alrededor, es asomarse a la vez a la España de 1600 y a preguntas que siguen siendo nuestras: qué precio paga el que ve claro, cuánto de verdad se esconde en la risa, dónde acaba el ingenio y empieza la locura.

Dos consejos de uso. El primero: **lea la novela entera antes de leer el comentario**, o al menos el tramo correspondiente antes de su análisis. El comentario supone que ya se conoce la historia y no evita contar su desenlace. El segundo: no busque aquí erudición por la erudición. Se ha procurado decir solo lo que se sabe con seguridad y lo que es patrimonio común de los estudios cervantinos; donde algo es discutido o incierto, se dice en condicional o no se dice. Cervantes escribió para ser leído con placer y con provecho —*ejemplares* llamó a sus novelas—, y ese doble ánimo es el que este libro querría prolongar.

El mundo de 1613

Cervantes a los sesenta y seis años

Cuando en 1613 salen a la calle las *Novelas ejemplares*, Miguel de Cervantes Saavedra es un hombre viejo para su tiempo y, por fin, un escritor de éxito. Había nacido en Alcalá de Henares en 1547, hijo de un cirujano-barbero de recursos escasos y andariegos. Su biografía es la de un español del siglo, con más golpes que glorias: marchó a Italia hacia 1569; combatió en Lepanto en 1571, donde una arcabuzada le dejó inútil la mano izquierda —de ahí el orgulloso apodo de «el manco de Lepanto», que él prefería a cualquier otro—; cayó prisionero de los corsarios en 1575 y pasó cinco años cautivo en Argel, con varios intentos de fuga que le pudieron costar la vida; fue rescatado en 1580. De vuelta en España probó suerte con la pluma (*La Galatea*, 1585) y con el teatro, sin fortuna duradera, y se ganó malamente el pan como comisario de abastos para la Armada y luego como recaudador de impuestos en Andalucía, oficio ingrato que le llevó a la cárcel por enredos de cuentas.

El vuelco llegó tarde y de golpe. En 1605 publicó la primera parte del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que fue un fenómeno editorial inmediato, con reediciones y ediciones piratas en pocos meses. A partir de ahí, Cervantes es ya «el autor del *Quijote*», y desde esa autoridad recién ganada prepara y da a la imprenta, en los años finales de su vida, una obra copiosa: las *Novelas ejemplares* (1613), el *Viaje del Parnaso* (1614), las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos* (1615), la segunda parte del *Quijote* (1615) y, ya póstumo, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617). Moriría en Madrid en abril de 1616, pocos días después de firmar la dedicatoria del *Persiles*, con una serenidad ante la muerte que conmueve todavía.

El prólogo a las *Novelas ejemplares* nos deja, además, el único autorretrato físico que tenemos del escritor por su propia mano, y es una pequeña obra maestra de humor y dignidad. Se describe «de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro»; se llama a sí mismo «el manco de Lepanto» y explica que la herida, «que parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos». Hay en esas líneas una manera de mirar el propio deterioro —la vejez, la mano inútil, la fortuna esquiva— sin queja y con ironía, que es la misma con que la novela mira la locura de Vidriera y las miserias del mundo. Conviene tenerla presente: quien escribe no es un amargado, sino un hombre que ha aprendido a reírse de la adversidad sin negarla.

Ese Cervantes maduro es el que importa para *El licenciado Vidriera*. Es un hombre que ha visto Italia y la guerra, que ha conocido la cárcel y la corte, que ha tratado con soldados, mercaderes, cómicos, escribanos, médicos y frailes, y que ha aprendido a mirarlos a todos con una mezcla muy suya de ironía y de compasión. En el prólogo a las *Novelas* se retrata a sí mismo —«este que veis aquí, de rostro aguileño...»— con una franqueza risueña que ya es literatura. Y reivindica, con legítimo orgullo, una novedad: «yo soy el primero que he novelado en lengua castellana», es decir, el primero en escribir novelas cortas de invención propia, y no traducidas o imitadas del italiano. La afirmación es, en lo esencial, cierta y marca el nacimiento de un género en español.

Las *Novelas ejemplares*

Las *Novelas ejemplares* son doce relatos de extensión y tono muy diversos, impresos juntos en Madrid en 1613. El orden con que aparecen es este: *La gitanilla*, *El amante liberal*, *Rinconete y Cortadillo*, *La española inglesa*, *El licenciado Vidriera* —la quinta—, *La fuerza de la sangre*, *El celoso extremeño*, *La ilustre fregona*, *Las dos doncellas*, *La señora Cornelia*, *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*. La crítica suele distinguir entre las novelas más «idealizantes», de amor, aventuras y anagnórisis a la italiana, y las más «realistas» o críticas, atentas a la sociedad y a sus tipos; pero la línea es porosa, y buena parte del arte de Cervantes consiste precisamente en cruzarla.

La palabra «novela» significaba entonces algo muy preciso: no la novela larga que hoy entendemos, sino el relato breve de invención, la *novella* a la manera italiana que habían hecho célebre Boccaccio en su *Decamerón* y, más cerca de Cervantes, autores como Bandello o Giraldi Cinthio, cuyas colecciones circulaban traducidas por Europa. Lo que Cervantes reivindica en su prólogo no es haber inventado el género, sino haberlo hecho **por primera vez en castellano y de propia cosecha**, sin traducir ni «hurtar» de nadie: «mi ingenio las engendró y las parió mi pluma». Las suyas, además, se distinguen de las italianas por su afán moral —de ahí lo de «ejemplares»— y por una hondura psicológica y una libertad de invención que el género no había alcanzado. Con las *Novelas ejemplares*, la novela corta se aclimata al español y se convierte en arte mayor.

La palabra clave del título es *ejemplares*. En el prólogo Cervantes se defiende por adelantado de quien pudiera acusarle de escribir cosas ociosas o dañinas: «heles dado nombre de ejemplares, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso». Y añade la célebre imagen de la mesa de trucos, el juego de billar de la época: propone sus novelas como un lugar de honesto recreo, «mesa de trucos» pública «donde cada uno pueda llegar a entretenerse, sin daño de barras». Es

decir: entretenimiento sí, pero sin perjuicio, con provecho moral. Esa doble intención —deleitar y aprovechar, el viejo ideal horaciano— es la clave de bóveda de todo el libro, y también de *El licenciado Vidriera*, donde el «ejemplo» no se predica: se destila del espectáculo de un hombre que, por estar loco, puede decir en voz alta las verdades que los cuerdos callan.

Censura y licencias

Ningún libro se imprimía en la España de los Austrias sin pasar por un aparato de permisos. Para publicar hacía falta una **aprobación** —el dictamen de un censor que certificaba que la obra no contenía nada contra la fe ni contra las buenas costumbres—, una **licencia** real y un **privilegio**, que concedía al autor o al editor el derecho exclusivo de imprimir la obra durante un número de años (normalmente diez) en los reinos de Castilla. A ello se sumaba, ya impreso el libro, la **fe de erratas** y la **tasa**, que fijaba oficialmente el precio de venta por pliego. Todo ese andamiaje —aprobaciones, privilegio, tasa— figura en los preliminares de la edición de 1613, y hoy nos sirve, entre otras cosas, para datar y autentificar el libro.

En el caso concreto de las *Novelas ejemplares*, los preliminares de la edición de 1613 recogen ese aparato completo —aprobaciones eclesiásticas y civiles firmadas el año anterior, privilegio real por diez años para los reinos de Castilla, fe de erratas y tasa—, junto con la dedicatoria al conde de Lemos, protector de Cervantes en sus últimos años, y el célebre prólogo al lector. Ese conjunto de piezas no era mero trámite: situaba el libro dentro de un orden de autoridades —la Iglesia, la Corona, el mecenas— que lo autorizaba y lo protegía. Escribir bajo ese régimen exigía un arte de la prudencia, y Cervantes lo dominaba como pocos.

Conviene entender lo que esto significaba para un escritor. La censura previa imponía una prudencia constante: no se podía tocar impunemente ni el dogma ni el honor de las instituciones. De ahí el valor de un recurso como el de *El licenciado Vidriera*. Poner las críticas más punzantes —contra malos médicos, jueces torcidos, poetas vanos, escribanos, frailes— en boca de un **loco** era, entre otras cosas, un salvoconducto. Lo que dice un demente no compromete del todo a su autor; y, sin embargo, el lector entiende perfectamente que muchas de esas «locuras» son juicios cuerdísimos. La locura de Vidriera funciona, así, como una **licencia** en el doble sentido de la palabra: el grado universitario que Tomás alcanza y el permiso para decir lo que, dicho por un cuerdo, sería peligroso.

El mercado del libro

El Madrid de principios del XVII vivía un momento de expansión editorial. La imprenta manual —la de tipos móviles y prensa de husillo, heredera de Gutenberg— producía libros pliego a pliego, con tiradas que solían ir de los mil a los mil quinientos o dos mil ejemplares. El negocio lo movía menos el autor que el **librero-editor**, que compraba el privilegio y corría con los costes y las ganancias. Las *Novelas ejemplares* las publicó Juan de la Cuesta —el mismo impresor del *Quijote*— a costa del mercader de libros Francisco de Robles. El autor solía cobrar una cantidad alzada por el privilegio y poco más; la fortuna, si la había, era para el editor.

Conviene imaginar el objeto físico. Un libro de 1613 se vendía casi siempre **en rama**, es decir, sin encuadernar: pliegos doblados que el comprador llevaba luego a un encuadernador según su bolsillo. El precio oficial —la tasa— se calculaba por pliego, no por ejemplar terminado. La lectura, además, era con frecuencia **en voz alta y compartida**: un ejemplar servía a un corro de oyentes, de modo que el público real de un libro multiplicaba con mucho el número de ejemplares vendidos. Esa oralidad explica en parte el arte de Cervantes, tan hecho para ser dicho y escuchado: las sentencias de Vidriera, breves y rematadas, están pensadas para lucir en una lectura en voz alta, como los chistes que en la novela suelta el propio loco ante el corro que le rodea.

Esa realidad económica dejó huella en la propia novela. Cuando Vidriera censura a los libreros, apunta con precisión a un abuso concreto del oficio: «los melindres que hacen cuando compran un privilegio de un libro, y de la burla que hacen a su autor si acaso le imprime a su costa, pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos». Es la queja de alguien que conoce el gremio por dentro: la tirada oculta, los ejemplares «de más» que el impresor vende por su cuenta defraudando al autor. Detrás de la sátira late la experiencia de un Cervantes que había visto triunfar su *Quijote* sin enriquecerse con él.

Salamanca y sus estudiantes

La novela arranca «paseándose dos caballeros estudiantes por las riberas de Tormes»: estamos en Salamanca, y no es casual. La Universidad de Salamanca era en torno a 1600 una de las mayores de Europa, con varios miles de estudiantes matriculados, y el centro indiscutible del saber jurídico y teológico de la Monarquía. A ella acudían desde el hijo de grandes casas hasta el pobre que servía a un amo «por solo que le diese estudio», como el propio Tomás Rodaja. La ciudad entera vivía de y para la Universidad: pupilajes, libreros, ropavejeros, casas de juego, la famosa vida picaresca de los escolares. Cervantes retrata ese mundo con conocimiento de causa y con cariño: Salamanca «enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado». Hay ahí un verbo revelador, *enhechizar*, que anticipa el hechizo literal —el del membrillo— que más adelante trastornará a Tomás.

El nombre mismo del protagonista dice mucho de ese mundo. «Tomás Rodaja» —de *rodaja*, rueda pequeña— es nombre de labrador pobre, como enseguida deducen sus amos «por el nombre y por el vestido»; y sin embargo el muchacho ascenderá por el único camino que la sociedad estamental dejaba abierto al talento sin cuna: el estudio. La Universidad era, en efecto, uno de los pocos ascensores sociales de la época. Un hijo de labradores podía, si tenía ingenio y un amo que le costeara, graduarse y aspirar a la administración, a la Iglesia, incluso —como sueña el niño— al obispado: «de los hombres se hacen los obispos». Esa fe en el mérito frente al linaje recorre toda la novela y late en el orgullo con que Tomás quiere «honrar» a sus padres, no por lo que son, sino por lo que él llegará a ser. Es una idea de la honra —la honra que se gana— opuesta a la del linaje heredado, y muy cara a Cervantes.

El itinerario académico de Tomás es verosímil y significativo. Sirve a unos amos durante ocho años, estudia sobre todo **leyes** pero brilla especialmente en **letras humanas** —el latín, la retórica, la poesía—, y acaba **graduándose de licenciado en leyes**. Ese doble perfil, jurista y humanista, es el del hombre de provecho que la sociedad demandaba: alguien capacitado para servir a la administración de la Monarquía. La caída de Tomás en la locura frustra, precisamente, esa carrera prometedora; y su curación al final le devuelve, en teoría, a ella. La Universidad es, pues, el punto de partida y el horizonte de retorno del personaje: el lugar de la razón del que sale y al que no logra volver de veras.

La Italia española

En cuanto abandona Salamanca, Tomás cae bajo el hechizo —el primero, el metafórico— de un capitán que le pinta Italia como un paraíso: «la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía». La Italia por la que Tomás viaja no es una tierra extranjera cualquiera: buena parte de ella —el reino de Nápoles, Sicilia, el Milanesado— pertenecía a la Corona española, y estaba guarnecida por sus **tercios**. Para un joven español, hacer la carrera de las armas en Italia era casi un rito de paso, y Cervantes, que la había hecho, describe el itinerario con la exactitud del que lo anduvo.

El viaje es una pequeña guía de la Italia de 1600. **Génova**, puerto de llegada de las galeras, con sus casas «engastadas como diamantes en oro» en la roca; la escena memorable de la hostería, donde el huésped hace desfilar los vinos de media Europa como un ejército de nombres. **Florencia**, que le contenta «en estremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, sumptuosos edificios, fresco río y apacibles calles». **Roma**, «reina de las ciudades y señora del mundo», ante cuyas ruinas y templos Tomás mide la grandeza pasada y presente de la ciudad, y cuya vida devota recorre —las siete iglesias, el besar el pie al Pontífice—. **Nápoles**, «a su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa». Y luego Sicilia, Loreto, **Venecia** —comparada, con orgullo imperial, con la México de Hernán Cortés—, Milán, «oficina de Vulcano», y por fin **Flandes**, el frente de guerra donde el capitán le lleva. Este tramo cumple una función doble: cierra la formación humana de Tomás —«las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos»— y le sitúa como testigo lúcido, algo apartado, de la vida militar, cuyas miserias observa sin dejarse alistar del todo. Que Tomás recorra Italia entera y vuelva sin haberse «sentado debajo de bandera» es ya un rasgo de su carácter: mira, aprende, juzga, pero se guarda su libertad.

Las armas y las letras: la vida del soldado

El viaje de Tomás no es turismo: es una inmersión en la vida militar de la Monarquía. Cervantes, veterano de Lepanto, conocía esa vida en carne propia, y la novela late con esa experiencia. Cuando Tomás observa «la autoridad de los comisarios, la incomodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños», está describiendo con precisión el mecanismo de una compañía en marcha: el alojamiento forzoso en los pueblos —las *boletas* que asignaban casa a cada soldado—, la exigencia de *bagajes* (bestias de carga) a los vecinos, los abusos de los reclutas nuevos, los *bisoños*. La guerra, vista de cerca, no es gloria, sino logística, incomodidad y roce con la población civil.

El capitán le había pintado la milicia por su lado luminoso —«la vida libre del soldado y de la libertad de Italia»— y le había callado «el frío de las centinelas, el peligro de los asaltos, el espanto de las batallas, la hambre de los cercos, la ruina de las minas». El narrador subraya esa doble cara: lo que el capitán presenta como «añadiduras» del oficio «son la carga principal d'él». Aquí Cervantes toca uno de sus grandes temas —el de las armas y las letras, que había desarrollado en el famoso discurso de don Quijote —: la tensión entre la vida contemplativa del estudioso y la vida activa del soldado. Tomás, significativamente, no elige del todo ninguna de las dos durante el viaje: acompaña a los soldados sin alistarse, mira la guerra sin combatirla, guarda su libertad de letrado en medio del mundo de las armas. Solo al final, arruinado como cuerdo, se hará soldado de verdad, y morirá en Flandes «de prudente y valentísimo soldado». La novela dibuja así un arco cruel: el hombre de letras que fracasa acaba encontrando su única salida —y su muerte— en las armas. Las dos vidas que Cervantes conoció, la del estudio y la del tercio, se dan cita en el destino de Tomás.

Valladolid, corte, y el Madrid de la corte

La segunda mitad de la novela transcurre en la corte, y aquí el texto nos da una pista cronológica preciosa. Un «príncipe o señor» que reside en la **corte** envía por Vidriera, y este es llevado a **Valladolid**. Ahora bien, la corte de Felipe III solo estuvo en Valladolid entre 1601 y 1606: en 1601, bajo el valimiento del duque de Lerma, se trasladó allí desde Madrid, y en 1606 regresó a Madrid, que ya no volvería a perder la capitalidad. Que la novela sitúe la corte en Valladolid sugiere, según la crítica, que Cervantes la escribió o la ambientó en esos años vallisoletanos, cuando él mismo residía en aquella ciudad. Es el famoso Valladolid de la casa junto al Rastro, escenario también de la muerte violenta que salpicó a la familia Cervantes en 1605.

La palabra *corte* designaba entonces mucho más que la residencia del rey: era el centro de gravedad de todo el reino, la máquina donde se repartían cargos, mercedes, pleitos y favores, y adonde acudían de toda España los *pretendientes* —los que aspiraban a un puesto o a una gracia— a hacer antesala durante meses o años. Ese enjambre de aspirantes, esa economía de la espera y del favor, es el trasfondo de la sátira cortesana de la novela. Vidriera, primero como oráculo loco y luego como jurista cuerdo, se mueve en ese mundo de solicitantes; y su fracaso final es, precisamente, el de un hombre honrado en una máquina que solo premia la audacia y la adulación.

La corte, en la novela, es el gran teatro de la vanidad y de la pretensión. Es el lugar donde acuden todos los que esperan medro —«los atrevidos pretendientes»— y donde se pierden los honestos —«los virtuosos encogidos»—. El juicio final de Vidriera, ya curado, es de una amargura transparente: «¡Oh corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos, sustentas abundantemente a los truhanes desvergonzados y matas de hambre a los discretos vergonzosos!». Y el chiste sobre Madrid y Valladolid —«de Madrid, cielo y suelo; de Valladolid, los entresuelos»— es un guiño de actualidad para un público que había vivido, con enojo o con provecho, la mudanza de la capital. Bajo la broma se adivina la sátira de una máquina cortesana que premia la desvergüenza y castiga la virtud tímida: un tema muy del gusto de la época y muy de Cervantes.

La locura en la medicina y en la literatura del Siglo de Oro

Para entender a Vidriera hay que entender qué era la locura para su tiempo. La medicina del Renacimiento seguía siendo, en lo esencial, la de Hipócrates y Galeno: la salud dependía del equilibrio de los cuatro **humores** —sangre, flema, bilis amarilla o cólera, y bilis negra o melancolía—, y la enfermedad, de su desorden. La locura de Tomás se explica dentro de ese marco: un veneno —el «hechizo» del membrillo— altera su complexión y le deja «sano» del cuerpo pero «loco de la más estraña locura». Su delirio pertenece, en concreto, al dominio de la **melancolía**, el humor frío y seco asociado por la tradición médica tanto a la enfermedad mental como, paradójicamente, al genio: era doctrina antigua, recogida por el aristotelismo y muy viva en el XVI, que los hombres excepcionales en las letras y las artes eran melancólicos. Que Vidriera una en sí «tan extraordinaria locura» y «tan grande entendimiento» no es un capricho: es la traducción novelesca de una idea médica y filosófica de su tiempo, la del melancólico lúcido.

Vale la pena detenerse en la relación entre ingenio y temperamento, porque explica el fondo del personaje. Un libro muy leído en la España de Cervantes, el *Examen de ingenios para las ciencias* de Juan Huarte de San Juan (1575), sostenía que las capacidades intelectuales dependen de la complexión física —del predominio de unos humores sobre otros— y que cada ingenio sirve para unas ciencias y no para otras. En ese clima de ideas, la unión de melancolía y agudeza no era una paradoja gratuita, sino casi una doctrina: el temperamento seco y frío, propenso a la tristeza y a la enfermedad mental, era también el más agudo, el más apto para la especulación. Tomás, «raro ingenio» desde niño, es un melancólico en potencia; el veneno no hace sino desatar, llevándola al delirio, una disposición que ya estaba en él. Su locura no es una irrupción ajena, sino la exageración morbosa de su propia naturaleza excepcional.

El delirio concreto —creerse hecho de **vidrio**, frágil, quebradizo, transparente— tampoco fue invención de Cervantes. La crítica ha mostrado que el «mal del vidrio» era un tipo de melancolía descrito por médicos de los siglos XVI y XVII, con casos reales documentados en varias cortes y ciudades de Europa: enfermos convencidos de ser de vidrio, de barro o de cristal, aterrados ante la posibilidad de romperse. Cervantes toma ese cuadro clínico y lo convierte en **metáfora**: el vidrio es a la vez fragilidad —Tomás teme quebrarse, duerme en la paja, evita a la gente— y **transparencia** y **agudeza**. El propio personaje lo razona: por ser de vidrio, «materia sutil y delicada», su alma obra «con más promptitud y eficacia» que en un cuerpo de carne, «pesada y terrestre». La enfermedad afina su ingenio. El vidrio es el emblema perfecto del entendimiento que ve claro pero no soporta el contacto del mundo.

Merece la pena insistir en un matiz. La medicina de la época no separaba tan tajantemente como la nuestra el cuerpo y la mente: la locura era una enfermedad *física*, un desarreglo de los humores que podía curarse con remedios corporales. Por eso la novela es coherente cuando cuenta que a Tomás «le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento», y que años después un religioso «que tenía gracia y ciencia particular [...] en curar locos» lo devuelve «a su primer juicio». La locura entra por un veneno y sale por una cura: tiene, en el mundo de la novela, causas y remedios naturales. Cervantes no la envuelve en misterio ni en castigo divino; la trata con una sobriedad casi clínica que era, en su tiempo, una forma de modernidad.

En cuanto a la literatura, la figura del loco que dice verdades era un lugar común con siglos de historia. Del *bufón* de las cortes —el loco a quien se le toleraba la insolencia— a la tradición del *elogio de la locura* que había fijado Erasmo en 1511, la cultura europea disponía de todo un repertorio para hacer de la sinrazón un vehículo de la sátira y de la sabiduría. En España, la generación de Cervantes había leído a Erasmo, o el erasmismo difuso que impregnaba la cultura de su juventud, con su gusto por la ironía, la crítica de la hipocresía y la religión interior. Américo Castro, en un libro clásico de 1925, subrayó esa vena crítica y «erasmista» del pensamiento cervantino, y Marcel Bataillon documentó la extensión del erasmismo en la España del XVI. *El licenciado Vidriera* es, en este sentido, primo hermano del *Quijote*: los dos giran en torno a un cuerdo-loco cuya sinrazón ilumina la razón de los demás, y los dos convierten la locura en un instrumento privilegiado de conocimiento.

La novela por dentro

Argumento comentado, por tramos

El licenciado Vidriera tiene una estructura muy nítida, que puede dividirse en cinco tramos. Conviene recorrerlos uno a uno, porque el sentido de la obra depende de cómo se articulan.

Primer tramo: Tomás Rodaja, el niño que quiere estudiar. Dos caballeros estudiantes encuentran dormido, a orillas del Tormes, a un muchacho de unos once años vestido de labrador. Va a Salamanca «a buscar un amo a quien servir, por solo que le diese estudio». Preguntado por su patria y sus padres, responde con una frase que define su carácter: no dirá sus nombres «hasta que yo pueda honrarlos a ellos y a ella», con sus estudios, «porque yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos». Es un niño movido por la ambición del saber y por un sentido agudo de la honra ganada, no heredada. Los caballeros lo toman a su servicio; el muchacho dice llamarse Tomás Rodaja. En ocho años se hace famoso en la Universidad por su ingenio; se gradúa de licenciado en leyes. Este tramo, breve y luminoso, presenta al **héroe intelectual**: pobre, autodidacta de origen, dueño de una memoria y un entendimiento fuera de lo común.

Segundo tramo: el viaje, o la formación del mundo. Camino de Salamanca, Tomás se topa con el capitán don Diego de Valdivia, que le seduce con la pintura de Italia y le persuade de acompañarle a la guerra. Tomás acepta, pero con una condición reveladora: no se alistará, no se «sentará debajo de bandera», para no perder su libertad —«más quiero ir suelto que obligado»—. Recorre así, como testigo y no como soldado, la vida militar en marcha (con sus incomodidades y abusos: comisarios, aposentadores, bisoños, bagajes) y luego Italia entera, de Génova a Flandes. Cumplido el viaje, «con el deseo que le movió a ver lo que había visto», vuelve a España, a Salamanca, y remata sus estudios. Este tramo completa la educación de Tomás: a la ciencia libresca añade la experiencia del mundo. Es un hombre formado, discreto, prudente. Todo está listo para una vida de provecho... y es entonces cuando llega la catástrofe.

Tercer tramo: el hechizo y la locura. En Salamanca, una «dama de todo rumbo y manejo» —una cortesana— se enamora de Tomás, que la desdeña porque «atendía más a sus libros que a otros pasatiempos». Despechada, y aconsejada por una morisca, le da en un membrillo un «hechizo» —un filtro amoroso— para forzar su voluntad. El narrador comenta con ironía racionalista que esas bebidas se llaman con razón *venefícios*, «porque no es otra cosa lo que hacen sino dar veneno». El resultado no es el amor, sino el envenenamiento: Tomás cae en convulsiones, pasa seis meses en cama y sale de ella «sano» del cuerpo pero «loco de la más estraña locura»: cree que es todo de vidrio. Este tramo es la bisagra de la novela. La causa de la locura es a la vez natural (un veneno) y simbólica (el amor rechazado que se venga sobre la razón), y su efecto es una paradoja fecunda: el hombre que enloquece se vuelve, en cierto modo, más lúcido que nunca.

Cuarto tramo: el licenciado Vidriera y sus sentencias. Es el más largo y el que da nombre y sentido a la obra. Convencido de ser de vidrio, Tomás —que ahora se hace llamar Vidriera— vive de un modo extravagante: viste una ropa parda holgada, no se calza, come fruta que le acercan en la punta de una vara, duerme al raso o enterrado en la paja, evita el contacto de todos por temor a quebrarse. Pero responde a cuantas preguntas le hacen «con grandísima agudeza de ingenio», y por eso lo sigue una multitud. Trasladado a la corte de Valladolid dentro de unas *árguenas* de paja, como si fuera vidrio de verdad, se convierte en una celebridad: un oráculo callejero. El grueso del tramo es una **sarta de sentencias, pullas y anécdotas** en las que Vidriera va pasando revista, uno por uno, a los oficios y vicios de su tiempo: poetas, libreros, médicos, boticarios, jueces, alguaciles, escribanos, sastres, zapateros, cómicos, titiriteros, mozos de mulas, dueñas, hombres que se tiñen las barbas... Es una **sátira de estados** en toda regla, un desfile de la sociedad vista desde la libertad del loco. Dura «dos años o poco más», hasta que un religioso de la Orden de San Jerónimo, diestro en curar locos, lo sana.

Quinto tramo: Tomás Rueda, o el fracaso de la cordura. Curado, Tomás cambia de nombre —«llamándose el licenciado Rueda, y no Rodaja»— y vuelve a la corte dispuesto a ejercer su profesión de jurista. Pero descubre una amarga ironía: cuando estaba loco, la gente lo escuchaba y lo mantenía; ahora que está cuerdo, nadie le hace caso. La multitud lo persigue por curiosidad, no por sus consejos. Suplica que lo dejen ganarse la vida —«lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo»—, pero es inútil. Arruinado, «viéndose morir de hambre», abandona la corte y se va a Flandes, a servir de soldado junto a su viejo amigo el capitán Valdivia, y allí muere «dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado». Este final, seco y desolado, es la clave moral de la novela: la sociedad valora el espectáculo de la locura y desprecia la sabiduría cuerda. El hombre de provecho no encuentra sitio; solo la guerra —la muerte— le da, por fin, un lugar y una fama.

Visto en conjunto, el arco de los cinco tramos dibuja una ironía perfecta. Tomás quería honrar a los suyos con el saber; el saber lo lleva a Salamanca, Salamanca a Italia, Italia de vuelta a Salamanca, y allí, en el momento de máxima promesa, lo destruye un amor no buscado. Loco, alcanza la fama y el sustento que su cordura le había negado; cuerdo de nuevo, los pierde. Y al final gana, sí, «fama» —lo que perseguía desde niño—, pero es la fama del soldado muerto, no la del sabio. La novela cumple, torciéndolo, el

deseo inicial del protagonista: Tomás honra por fin su nombre, pero con la vida, no con las letras. Cervantes, que había hecho las dos cosas —las letras y las armas—, sabía bien el precio de cada una.

Personajes

El licenciado Vidriera es, casi por entero, la historia de **un solo personaje**: Tomás Rodaja / Vidriera / Rueda. Los tres nombres marcan sus tres estados —el estudiante prometedor, el loco lúcido, el cuerdo fracasado—, y la novela es, en el fondo, el estudio de una inteligencia superior en su choque con el mundo. Tomás es un intelectual puro: mueve su vida el amor al saber, no el dinero, ni el poder, ni el amor de mujer. Su virtud —la entrega al estudio— es también su fragilidad, porque lo aparta de los demás. Cuando enloquece, esa distancia se hace literal: no puede ni rozarse con la gente. Y cuando cura, la distancia se vuelve social: la gente ya no lo necesita. Vidriera es, así, la figura del sabio en una sociedad que no sabe qué hacer con la sabiduría.

Hay que subrayar un rasgo del protagonista que la crítica ha destacado: Tomás no cambia por dentro a lo largo de la novela. No es un personaje que evolucione, que aprenda de sus errores, que madure. Es, más bien, una **esencia** —la del ingenio puro— sometida a tres pruebas: el mundo (el viaje), la locura (el hechizo) y la sociedad (la corte). En las tres se comporta igual: mira, juzga, guarda su distancia. Ni siquiera el amor lo toca, y por eso el hechizo de la cortesana no despierta en él pasión, sino enfermedad. Esa impermeabilidad es, a la vez, su grandeza y su condena. Vidriera es incapaz de doblegarse, de adular, de «entrar en el juego»; y una sociedad hecha de adulación y de juego no tiene sitio para él. En este sentido, la novela es menos una historia —con su cambio y su desenlace— que el retrato fijo de un temperamento, iluminado desde tres ángulos distintos.

Los demás personajes son secundarios y funcionales, pero no planos. **Don Diego de Valdivia**, el capitán, es el amigo fiel y el agente del destino: él saca a Tomás del camino de las letras hacia el de las armas, y a él vuelve Tomás al final, para morir soldado. Es un hombre de bien, generoso, que representa el mundo de la milicia con sus luces y sus sombras. La **dama enamorada**, la cortesana despechada, es el motor de la catástrofe; apenas tiene rostro, pero encarna un tema caro a la época: el amor no correspondido que recurre a la magia y acaba en veneno. La **morisca** que le prepara el hechizo aporta el trasfondo, inquietante para la mentalidad del tiempo, de la hechicería y de las minorías perseguidas. Y luego está el gran personaje colectivo: la **muchedumbre**, los muchachos que persiguen a Vidriera, los curiosos que le preguntan, la corte entera. Esa multitud es a la vez su público, su tormento y, al final, su ruina: lo adora como espectáculo y lo abandona como hombre.

Estructura

La novela está construida con una simetría muy pensada. En su centro, larguísimo, está la galería de sentencias; a los lados, dos tramos de acción —el ascenso (niñez, estudios, viaje) y el descenso (curación, fracaso, muerte)—, y en el gozne, la locura. Esa forma tiene una consecuencia notable: el corazón del relato **casi no tiene argumento**. Durante «dos años o poco más», no pasa nada salvo que Vidriera habla y la gente le pregunta. La novela se detiene, se hace estática, se convierte en una sucesión de cuadros y agudezas. Algunos lectores han visto en ello un defecto de construcción —una novela que se disuelve en sarta de chistes—; otros, con más razón, un acierto deliberado: la inmovilidad del tramo central es un espejo de la del propio Vidriera, ese hombre paralizado por su fragilidad que solo se mueve en el pensar y en el decir.

Conviene notar también el papel del **marco narrativo**. La locura es una causa verosímil —un veneno— y una excusa técnica: permite ensartar materiales heterogéneos (agudezas, sentencias, anécdotas, sátiras de oficios) en un solo hilo. Sin la locura de Tomás, todo ese caudal de ingenio sería una miscelánea; con ella, es una novela. La crítica ha señalado que Cervantes aprovecha aquí un recurso de larga tradición —el del cuerdo-loco cuyas máximas se recopilan— y lo dota de principio y fin novelescos: el hechizo que lo desencadena, la curación que lo cierra y el desenlace amargo que lo interpreta. La forma, en suma, no es descuido, sino invención: una manera de meter la sátira dentro de la ficción sin que reviente ni la una ni la otra.

Hay, además, una simetría de detalle que conviene notar. La novela empieza con una imagen casi **pastoral** —dos caballeros paseando a la orilla del Tormes encuentran a un niño dormido bajo un árbol— y termina con una imagen de guerra y muerte en Flandes. Entre la sombra apacible del árbol salmantino y el campo de batalla flamenco se despliega toda una vida. El principio es luz, promesa, primavera; el final, desengaño y ceniza. Y en medio, los dos «viajes» de Tomás: el geográfico (Italia y Flandes, que lo forma) y el interior (la locura, que lo transforma). Esa arquitectura de ascenso y descenso, con la locura en la cima paradójica, da a la novela una forma de **tragedia contenida**: la de un hombre superior derribado no por un vicio propio —Tomás no tiene *hybris*, no comete falta—, sino por el azar de un veneno y por la ceguera de una sociedad. Es una tragedia sin culpable, o cuyo único culpable difuso es el mundo.

Otro rasgo estructural digno de nota es el **ritmo**. Los dos tramos extremos —la infancia y el viaje; la curación y la muerte— avanzan deprisa, con años que se despachan en pocas líneas: «en ocho años que estuvo con ellos», «seis meses estuvo en la cama», «dos años o poco más duró en esta enfermedad». El tiempo corre. En cambio, el tramo central se dilata y se detiene: no mide el tiempo en años, sino en encuentros, en preguntas y respuestas, en cuadros sueltos. Es como si la novela cambiara de marcha: de la narración veloz al desfile lento de escenas. Ese contraste de ritmos refuerza la sensación de que la locura es un paréntesis fuera del

tiempo, una suspensión en la que el mundo se deja mirar. Cuando Tomás cura, el reloj vuelve a correr, y en pocas líneas llega el final.

Merece atención, por último, la **voz del narrador**. No es neutral: comenta, ironiza, toma partido. Cuando explica que los filtros amorosos se llaman con razón *veneficios* «porque no es otra cosa lo que hacen sino dar veneno», está deslizando su propio racionalismo, su desconfianza de la magia. Cuando pondera la agudeza de Vidriera «que causó admiración a los más letrados de la Universidad», está guiando nuestra valoración. El narrador cervantino es un intermediario cómplice, que nos invita a leer los dichos del loco como lo que son: sabiduría disfrazada. Sin esa voz, la novela sería una colección de chistes; con ella, es un juicio moral sobre una época.

El lenguaje (rasgos que hoy chocan)

El lector actual tropieza, al leer la novela en su forma original, con una serie de rasgos que conviene conocer para no confundir la extrañeza histórica con el error. No son erratas: es el español de 1613, fijado según los criterios de una edición crítica moderna.

El más visible son las **contracciones** hoy desaparecidas: *d'ella*, *d'este*, *d'ellos*, *oílle* (por «oírle»), *tiralle* (por «tirarle»). La lengua clásica unía con más soltura la preposición y el artículo o el pronombre. Muy frecuente es también el **futuro de subjuntivo** —«como no tenga nada de necio», «todo el tiempo que durmieres»—, tiempo verbal que era corriente entonces y que hoy solo pervive fosilizado en refranes y textos jurídicos («donde fueres, haz lo que vieres»). Se observa el **leísmo** y otros usos pronominales propios de la norma castellana de la época, y una **asimilación** en el infinitivo con enclítico que hoy nos suena rústica pero era culta.

La grafía y la puntuación de una edición crítica reflejan además usos de la época que hoy sorprenden: la vacilación de las vocales átonas (*sumptuosos*, *inumerables*, *promptitud*, *delictos*), la conservación de grupos cultos latinos que luego se simplificaron, o formas como *ansí* por «así», *agora* por «ahora», *estraña* por «extraña», *recebido* por «recibido». Nada de esto es descuido del texto: es la fotografía fiel de un castellano en movimiento, todavía no fijado por la ortografía académica, que no llegaría hasta el siglo XVIII.

En el léxico, la dificultad viene de dos lados. Por un lado, las **voces desusadas** que hoy no entendemos y que el glosario de este libro aclara: *holguras*, *bagajes*, *boletas*, *bisoños*, *maretas*, *árguenas*, *alcándaras*, *neblíes*, *churrulleros*, *melindres*, *récipe*, *titereros*, *farsanta*, *escabechados*, *repulgos*, *majuelo*... Muchas pertenecen a campos concretos —la milicia, la cetrería, la medicina, los oficios— y son, ellas mismas, un retrato del mundo material del XVII. Por otro lado, las **citas en latín**, abundantes en boca de Vidriera —del *Eclesiástico*, de Ovidio, de la liturgia—, que revelan su condición de letrado y su formación humanística, y que para el lector culto de la época eran parte del juego culto de la agudeza. Un tercer rasgo, más sutil, es el gusto por la **paronomasia** y el retruécano: *abogar*/*bogar*, *Redoma*/*redomilla*, *teño*/*tiño*, *Domingo*/*Sábado*. La agudeza de Vidriera es a menudo verbal: juega con los sonidos y los dobles sentidos de las palabras, en la línea del *concepto* que teorizaría Gracián pocas décadas después.

Temas

Saber y locura. Es el tema mayor. La novela plantea una paradoja: la locura de Vidriera no embota su entendimiento, lo afila. El hombre que se cree de vidrio responde «con más entendimiento» que cuando era de carne. Cervantes juega con la vieja idea del melancólico genial y con la tradición del loco que ve claro, y la lleva a un extremo inquietante: ¿y si la agudeza extrema fuera incompatible con la vida normal? El vidrio —transparente y quebradizo— es la metáfora de una inteligencia que ve a través de todo pero que no puede tocar ni ser tocada. La cordura final, lejos de ser una restauración feliz, es un empobrecimiento: Rueda cuerdo vale menos, para la sociedad, que Vidriera loco.

Conviene relacionar este tema con el del *Quijote*, escrito por los mismos años. Los dos libros exploran la misma paradoja —el loco que es más sabio que los cuerdos— pero por caminos opuestos. Don Quijote enloquece por leer demasiados libros de caballerías, y su locura le hace *ver* un mundo que no existe (gigantes donde hay molinos); Vidriera enloquece por un veneno, y su locura le hace *decir* la verdad del mundo que sí existe. Uno delira hacia dentro, poblando la realidad de fantasmas; el otro delira hacia fuera, desnudando la realidad de sus disfraces. Y sin embargo ambos comparten esa curiosa cordura intermitente, esos «intervalos lúcidos» en que el loco habla con una razón que deja atónitos a los sensatos. La locura, en Cervantes, no es nunca pura tiniebla: es un modo oblicuo, peligroso y fértil de acceder a la verdad.

Verdad y sátira. Vidriera dice verdades porque está loco; nadie se ofende de veras porque «está loco». Esa es la licencia del bufón, la vieja *parrhesia* —el hablar franco— disfrazada de sinrazón. La sátira que ensarta Cervantes es una **sátira de estados**: repasa los oficios y los tipos sociales para denunciar sus vicios característicos. Pero es una sátira matizada, no rencorosa: Vidriera critica a los malos médicos, no a la medicina; a los malos poetas, no a la poesía; a los malos escribanos, no al oficio de escribano, que defiende como «necesario». Distingue siempre entre la profesión y su corrupción. Esa mesura —«no soy tan frágil que me deje ir con la corriente del vulgo»— es la firma moral de Cervantes.

Honra. El tema recorre la novela de punta a punta, desde el niño que quiere «honrar» a sus padres con sus estudios hasta las pullas sobre la limpieza de sangre. La agudeza «esperad, Domingo, a que pase el Sábado» —dirigida a un cristiano viejo seguido de un converso— toca uno de los nervios más sensibles de la sociedad española: la obsesión por la limpieza de sangre, la distinción entre cristianos «viejos» y «nuevos». Y la sentencia «los azotes que los padres dan a los hijos honran, y los del verdugo afrentan» condensa toda una teoría del honor como cosa que depende no del hecho, sino de la mano y la intención. Cervantes mira ese código con lucidez crítica, sin abolirlo del todo. Conviene subrayar el contraste, central en la novela, entre dos ideas de la honra: la del **linaje**, heredada, que se vanagloria de la sangre limpia y que Vidriera pincha sin piedad; y la del **mérito**, ganada con el esfuerzo y la virtud, que es la que mueve a Tomás desde niño. «Más la virtud que el favor me dio el grado que tengo», dirá ya cuerdo, reivindicando su carrera de pobre que llegó a licenciado por su valía. En esa preferencia por la honra que se gana late una de las convicciones más firmes y más modernas de Cervantes.

Mujeres. El asunto es espinoso y hay que leerlo con cuidado. Buena parte de las pullas de Vidriera contra las mujeres —las cortesanas «más de corteses que de sanas», las dueñas y sus melindres, la mujer que conviene «comer» si es celosa— pertenecen a la vena misógina convencional de la sátira áurea, un repertorio de tópicos heredados que no debe confundirse sin más con la voz del autor. Conviene recordar que quien las dice es un loco, y un loco marcado por una mujer: la cortesana cuyo hechizo lo destruyó. Su recelo hacia las mujeres tiene raíz novelesca. Y conviene recordar también que el conjunto de la obra cervantina ofrece un abanico de mujeres inteligentes, libres y admirables mucho más rico y favorable que el que cabría deducir de estas pullas. La misoginia de Vidriera es la de su personaje y su género literario, no una tesis del libro.

Dicho esto, el lector actual no debe *disculpar* sin más lo que hoy resulta ofensivo, sino **entenderlo históricamente**. La sátira de dueñas, viejas afeitadas, cortesanas y celosas era un subgénero con reglas propias, un juego reconocible que el público esperaba y celebraba, del mismo modo que esperaba la sátira de médicos o de sastres. Situar estas pullas en su lugar —el de un catálogo de tipos, no el de una reflexión sobre las mujeres reales— es leerlas bien. Y contrastarlas con las heroínas cervantinas —la Preciosa de *La gitanilla*, la Constanza de *La ilustre fregona*, las damas que dirigen su propio destino en tantas de sus obras— es medir la distancia entre el tópico satírico y la mirada verdadera del autor sobre la inteligencia y la libertad femeninas.

Oficios. La novela es, entre otras cosas, un extraordinario **inventario del trabajo** en la España de 1600. Por las sentencias de Vidriera desfilan los saberes, las mañas y las trampas de decenas de oficios: cómo engaña el sastre, cómo miente el zapatero, cómo defrauda el librero, cómo mata el mal médico, cómo roba el mozo de mulas, cómo blasfema el carretero. Es una mina para el historiador de la vida cotidiana y, a la vez, una reflexión sobre el lugar de cada estado en la «república». Vidriera no es un igualitarista: cree en el orden de los oficios y en su necesidad mutua —«son necesarios en la república»—; lo que censura es la corrupción de cada uno, la distancia entre lo que un oficio debería ser y lo que suele ser.

Desengaño. Sobre todos los temas anteriores flota el gran tema del Barroco español: el **desengaño**, la conciencia de que el mundo es apariencia, teatro, engaño, y de que la sabiduría consiste en verlo tal cual es. Vidriera es una máquina de desengañar: desnuda cada oficio de su fachada, cada honra de su vanidad, cada apariencia de su verdad. Y el desenlace es el desengaño supremo: el que ve claro no tiene premio en este mundo. Que la novela termine con la palabra «muerte» —Tomás va a Flandes «a granjear la muerte», y allí muere— no es casual. El desengaño barroco desemboca siempre, en última instancia, en la memoria de la muerte, única igualadora, único fin de todas las apariencias. La novela, tan risueña en su superficie satírica, es en el fondo grave y amarga.

Ejemplaridad. ¿Dónde está, entonces, el «ejemplo» que promete el título del libro? No en una moraleja explícita —Cervantes desconfía de los sermones—, sino en el espectáculo mismo. El lector saca su provecho al ver cómo un hombre lúcido juzga el mundo y cómo el mundo lo maltrata. El ejemplo es doble: por un lado, la sabiduría práctica de las sentencias (sobre la envidia, la honra, el matrimonio, la murmuración); por otro, la advertencia trágica del destino de Vidriera. Aprender de él es aprender a ver claro... y a la vez a temer el precio de ver demasiado. Esa ambigüedad —la de una ejemplaridad que no consuela— es lo que hace de la novela algo más hondo que una simple sátira.

El arte de la agudeza

Un lector actual disfrutará más de *El licenciado Vidriera* si entiende la clase de placer que buscaba su público: el placer de la **agudeza**. En la cultura del Barroco, el ingenio no era un adorno, sino un valor central; saber decir mucho en poco, sorprender con una relación inesperada entre dos ideas, torcer una palabra para que soltara un segundo sentido, eran proezas admiradas como hoy admiramos un gol o un golpe de genio musical. Baltasar Gracián teorizaría ese arte, pocas décadas después, en su tratado sobre la agudeza y el arte de ingenio; pero la práctica era ya el aire que respiraban los escritores y los lectores del tiempo de Cervantes.

Las sentencias de Vidriera son, casi todas, ejercicios de agudeza. Repárese en sus mecanismos. Está el **retruécano**, que invierte los términos de una frase para darle la vuelta al sentido: «corteses» y «sanas», «abogar» y «bogar». Está la **dilogía** o doble sentido: «mostrenco» dicho de un título robado, «entresuelos» dicho de Valladolid. Está la **metáfora hiperbólica**, que lleva una imagen al extremo: la receta médica como espada homicida, el burdel como campamento del diablo, las órdenes religiosas como «Aranjueces del cielo». Está el **juego bilingüe y latino**: el «teño/tiño» del portugués, el «Nemo» tomado por nombre propio. Y está la

comparación degradante, que rebaja lo alto a lo bajo con un solo trazo: los angelitos «mocosos», el poeta que «se rasca la faldriquera».

Entender esto cambia la lectura. Lo que a primera vista puede parecer una simple ristra de chistes es, en realidad, una **antología de figuras**, un muestrario del ingenio verbal de una época que hizo de él una de sus bellas artes. Y explica por qué la novela pudo leerse, ya en el XVII, como colección de sentencias sueltas: cada una es una joya autónoma, cortada y pulida para brillar por sí sola. El arte de Cervantes consistió en engarzarlas todas en el hilo de una vida y de un destino, de modo que, además de brillar, signifiquen.

Una palabra sobre las citas latinas, que hoy pueden desconcertar. Vidriera salpica sus dichos de latín —del *Eclesiástico*, de Ovidio, de la liturgia, del refranero escolar—, y no por adorno vano: el latín es la lengua de su formación humanística, la prueba de que bajo el loco hay un letrado de verdad. Para el público culto de 1613, reconocer la fuente de cada cita y saborear su aplicación inesperada era parte del placer; era, de nuevo, un juego de agudeza compartido entre el autor y el lector. Este comentario y el glosario traducen y aclaran esas citas para que el lector de hoy no pierda ni el sentido ni la sal. Conviene no saltárselas: en ellas se ve mejor que en ningún sitio la doble naturaleza de Vidriera, loco por fuera y sabio por dentro.

Las sentencias de Vidriera: antología comentada

El núcleo satírico de la novela es la sarta de dichos, pullas y anécdotas que Vidriera va soltando durante sus dos años de locura. Recogemos aquí una selección comentada. De cada entrada damos el dicho —citado del texto que va al final de este libro—, a quién zahiere y por qué tiene gracia o filo.

1. A la ropera compasiva. Una ropera le dice que le pesa su desgracia, «pero ¿qué haré, que no puedo llorar?», y Vidriera responde con palabras del Evangelio: *«Filiae Hierusalem, plorate super vos et super filios vestros»* («Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos»). *Zahiere:* la compasión hipócrita o interesada. *Por qué:* devuelve la lástima al que la ofrece, insinuando que quien más necesita llanto es ella y los suyos, no él. La cita evangélica, puesta en boca de un loco, tiene un filo blasfematorio que el marido capta enseguida.

2. Al ropero que le llama bellaco. El marido replica: «más tenéis de bellaco que de loco», y Vidriera: «No se me da un ardite, como no tenga nada de necio». *Zahiere:* la confusión entre locura y necedad. *Por qué:* Vidriera acepta ser loco y hasta bellaco, con tal de que no le llamen **necio**. Ahí está toda su jerarquía de valores: la peor tara no es la locura, es la estupidez. La agudeza define al personaje.

3. Sobre las mujeres de la mancebía. Al ver a las mujeres a la puerta de la «casa llana», dice que son «bagajes del ejército de Satanás que estaban alojados en el mesón del infierno». *Zahiere:* la prostitución. *Por qué:* la metáfora militar —bagajes, ejército, alojamiento— convierte el burdel en un campamento del diablo. Es sátira moral con imagen brillante.

4. Al marido abandonado. A uno cuya mujer se ha ido con otro, le aconseja «que dé gracias a Dios por haber permitido le llevasen de casa a su enemigo», y añade que no vaya a buscarla, «porque sería el hallarla hallar un perpetuo y verdadero testigo de su deshonra». *Zahiere:* la obsesión por el honor conyugal. *Por qué:* invierte la lógica del honor —lo peor no es perder a la esposa, sino recuperarla y con ella la evidencia viva de la afrenta—. Cervantes desdramatiza, con humor amargo, el drama de honra que su teatro contemporáneo trataba a cuchilladas.

5. Consejo de paz conyugal. «Dale lo que hubiere menester; déjala que mande a todos los de su casa, pero no sufras que ella te mande a ti.» *Zahiere / retrata:* la vida matrimonial. *Por qué:* es un consejo práctico, casi de sentido común, que reparte poderes: autoridad doméstica para ella, independencia personal para él. La agudeza está en el equilibrio.

6. Al muchacho que huye de su padre. El niño quiere escaparse porque su padre le azota; Vidriera: «los azotes que los padres dan a los hijos honran, y los del verdugo afrentan». *Zahiere / enseña:* la idea del honor. *Por qué:* distingue el castigo que educa del que infama. El mismo acto —los azotes— honra o deshonra según de qué mano venga. Es una lección sobre la naturaleza convencional del honor.

7. Al cristiano viejo. Ve entrar en la iglesia a un labrador «de los que siempre blasonan de cristianos viejos» y, tras él, a otro de peor fama, y grita: «Esperad, Domingo, a que pase el Sábado». *Zahiere:* la limpieza de sangre y la vanidad del cristiano viejo. *Por qué:* «Sábado» alude, veladamente, al descanso judío, y por tanto al converso; la pulla insinúa que el segundo tiene sangre judía, mientras que el «Domingo» —día del Señor— sería el cristiano viejo. Es una de las agudezas más audaces del libro, porque toca el tabú mayor de la sociedad española: la obsesión por la pureza de sangre, que excluía de honras y oficios a los descendientes de judíos y moros. Que Vidriera pueda decir esto en voz alta, en la puerta de una iglesia, sin más consecuencia que la risa, mide exactamente el margen que la locura le concede: dice lo indecible, y se lo perdonan por loco. La agudeza cabalga sobre el filo del peligro, y ahí está buena parte de su fuerza.

8. De los maestros de escuela. «Eran dichosos, pues trataban siempre con ángeles; y que fueran dichosísimos si los angelitos no fueran mocosos.» *Zahiere / bromea:* la enseñanza de niños. *Por qué:* juega con el tópico del niño-ángel y lo pincha con el detalle prosaico —«mocosos»—. Ternura y realismo en una línea.

9. De las alcahuetas. Preguntado por ellas, responde que «no lo eran las apartadas, sino las vecinas». *Zahiere:* la falsa vecindad, la murmuración doméstica. *Por qué:* retruécano moral: las verdaderas «alcahuetas» —las que enredan— no son las de oficio, sino las vecinas entrometidas.

10. De los poetas. «A la ciencia [de la poesía], en mucha; pero a los poetas, en ninguna.» Explica que, de tantos poetas, son tan pocos los buenos «que casi no hacían número». *Zahiere:* los malos poetas. *Por qué:* separa tajantemente el arte de sus practicantes. Reverencia la poesía —«encerraba en sí todas las demás ciencias, porque de todas se sirve, de todas se adorna»— y desprecia a la turba de versificadores. Es, sin duda, la voz de Cervantes, poeta él mismo y siempre dolido de su suerte como tal. El pasaje es, además, una pequeña **poética**: define el ingenio verdadero por oposición a la moda y a la vanidad, y cita a Ovidio y a Platón —«intérpretes de los dioses»— para elevar la dignidad del poeta auténtico. Cervantes, que sufrió toda su vida el no ser reconocido como gran poeta, defiende aquí un ideal de poesía alto y exigente, del que se sentía servidor humilde.

11. El poeta que recita su soneto. El retrato del vate vanidoso que, «con tono melifluo y alfenicado», hace preámbulos, tuerce los labios, arquea las cejas y saca de entre mil papeles mugrientos el soneto que quiere leer, y si no se lo alaban lo repite. *Zahiere:* la vanidad literaria, la autopromoción. *Por qué:* es una viñeta costumbrista perfecta, tan actual que se reconoce en cualquier época. La sátira se hace comedia.

12. Por qué son pobres los poetas. Porque quieren, pues podrían enriquecerse aprovechando a sus damas, «que todas eran riquísimas»: con los cabellos de oro, la frente de plata, los ojos de esmeralda, los dientes de marfil, los labios de coral... *Zahiere:* los tópicos gastados de la lírica petrarquista. *Por qué:* toma al pie de la letra las metáforas manidas del retrato de la amada —oro, plata, perlas— y las convierte en riqueza real. Es parodia literaria: se ríe del repertorio de imágenes que cualquier poetastro repetía sin pensar.

13. De los libreros. Su falta es «los melindres que hacen cuando compran un privilegio [...] pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros». *Zahiere:* el fraude editorial. *Por qué:* denuncia la tirada oculta con que el impresor estafaba al autor. Es la queja profesional de un Cervantes que conocía el negocio del libro por dentro (véase «El mercado del libro», más arriba).

14. Los azotados y el pregón. Pasan seis reos azotados por la plaza; al oír «Al primero, por ladrón», grita a los que tiene delante: «¡Apartaos, hermanos, no comience aquella cuenta por alguno de vosotros!»; y al llegar el pregón «Al trasero...», dice: «Aquel debe de ser el fiador de los muchachos». *Zahiere:* a los mirones, y de paso a la propia justicia espectáculo. *Por qué:* dobles sentidos encadenados —«el primero» y «el trasero» de la fila de azotados se leen como insultos al público—. Humor de plaza, rápido y físico.

15. El pretendido licenciado. A uno que se hacía llamar licenciado sin serlo: «Guardaos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redempción de cautivos, que os le llevarán por mostrenco»; y cuando el otro presume de «altas y profundas letras», remata: «sois un Tántalo en ellas, porque se os van por altas y no las alcanzáis de profundas». *Zahiere:* la usurpación de títulos, la falsa erudición. *Por qué:* el título robado es «mostrenco» —cosa sin dueño, que cualquiera puede llevarse—, y el segundo chiste, con el mito de Tántalo, es una pequeña obra maestra de agudeza conceptista.

16. De los mozos de mulas, carreteros, marineros y arrieros. El largo retrato de la gente del camino: los mozos de mulas «tienen su punta de rufianes, su punta de cacos»; el carretero «canta la mitad del tiempo y la otra mitad reniega»; de los marineros, «su Dios es su arca y su rancho, y su pasatiempo ver mareados a los pasajeros»; los arrieros «han hecho divorcio con las sábanas y se han casado con las enjalmas», y «a trueco de no perder la jornada, perderán el alma». *Zahiere:* los oficios del transporte. *Por qué:* es una de las cumbres del libro, un fresco de la vida del camino lleno de observación exacta y de frases redondas. Cervantes, que había recorrido España de arriba abajo como comisario de abastos, conocía a esta gente de primera mano, y el pasaje respira verdad vivida. Repárese en el arte de la caracterización por el detalle único: al carretero lo define su espacio mínimo —«vara y media de lugar, que poco más debe de haber del yugo de las mulas a la boca del carro»— y su alternancia de canto y blasfemia; a los arrieros, esa metáfora conyugal —divorciados de las sábanas, casados con las enjalmas— que dice de golpe su vida sin descanso. Es prosa de una densidad extraordinaria: en cada línea hay un oficio entero.

17. De los boticarios. Tiene «un saludable oficio, si no fuese tan enemigo de sus candiles», porque gasta en las medicinas el aceite del candil; y peor: sustituye lo que le falta por otra cosa «que a su parecer tenía la misma virtud», con lo que la receta obra al revés. *Zahiere:* el fraude en las boticas. *Por qué:* denuncia una adulteración con consecuencias mortales, y de paso enlaza con la sátira de los médicos que viene a continuación.

18. De los médicos. Cita el *Eclesiástico* en honor del buen médico —*«Honora medicum...»*— y arremete contra el malo: «solo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y a pie quedo, sin desenvainar otra espada que la de un récipe». Sigue la anécdota del médico que critica en una receta rival la palabra *dilúculo* («al amanecer») «porque es húmido demasiadamente». *Zahiere:* los malos médicos. *Por qué:* la imagen de la receta como espada homicida es de una violencia brillante; y el detalle del *dilúculo* ridiculiza la pedantería que discute el momento del día en lugar del remedio. La sátira antimédica es un tópico de larguísima tradición —de la Antigüedad a Quevedo, pasando por toda la literatura de la época—, pero aquí Cervantes la afila con un doble filo: primero honra al buen médico con la autoridad de la Escritura, y solo después descarga sobre el malo. Es el mismo procedimiento que emplea con los escribanos o los cómicos: nunca condena un oficio en bloque; distingue siempre. Nótese además la fuerza del contraste entre el juez, el letrado y el mercader —que pueden dañarnos la hacienda o la justicia— y el médico, único que puede «quitarnos la vida sin quedar sujeto al temor del castigo». Bajo la broma hay una observación exacta sobre la impunidad del error médico, que no ha perdido actualidad.

19. Sobre la envidia. Preguntado qué hacer para no envidiar a nadie: «Duerme; que todo el tiempo que durmieres serás igual al que envidias». *Zahiere / enseña:* la envidia. *Por qué:* respuesta filosófica y perfecta: en el sueño desaparecen las diferencias, todos somos iguales. Una de las sentencias más citadas del libro, casi un aforismo estoico.

20. Del juez de comisión. Al ver pasar a un juez, dice que lleva «víboras en el seno, pistoletes en la cinta y rayos en las manos, para destruir todo lo que alcanzare su comisión», y cuenta el caso del juez que dictó una sentencia exorbitante «para dejar campo abierto» a la clemencia del Consejo en la apelación. *Zahiere:* la justicia arbitraria. *Por qué:* denuncia al juez que dicta con crueldad

calculada, fiando la moderación a la instancia superior. Vidriera le responde que mejor habría sido acertar de primeras, «pues con esto le tuvieran a él por juez recto y acertado». Crítica de la administración de justicia, siempre delicada, puesta a salvo por la locura. La imagen inicial —víboras, pistoletes, rayos— convierte al juez en una figura casi diabólica, armada para destruir; y la anécdota que sigue añade el matiz más fino: no es solo la crueldad, sino la crueldad *estratégica*, la que calcula su exceso confiando en que otro lo corrija. Vidriera desnuda así una perversión sutil del oficio: la de quien hace el mal apostando a que el sistema lo remedie. Es una observación sobre la responsabilidad individual dentro de una maquinaria que tienta a descargarla siempre en el escalón siguiente.

21. De los sastres. A uno que estaba ocioso: «estáis en camino de salvación [...] pues no tenéis qué hacer, no tendréis ocasión de mentir»; y añade que es raro el sastre que hace «un vestido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores». *Zahiere:* la fama de mentirosos y ladrones de los sastres. *Por qué:* juega con el tópico gremial —el sastre que se queda con la tela— y con la paradoja de que solo el sastre ocioso es honrado.

22. De los zapateros. Jamás reconocen un zapato malo: si aprieta, dicen que así debe ser y que se ensanchará; si viene ancho, que así conviene «por amor de la gota». *Zahiere:* la labia interesada del vendedor. *Por qué:* retrato eterno del que siempre tiene razón para vender. Cualquiera lo ha sufrido.

23. De los titiriteros. «Gente vagamunda» que «trataba con indecencia de las cosas divinas», metiendo en un costal las figuras del Antiguo y Nuevo Testamento y sentándose encima a comer. *Zahiere:* la irreverencia de los espectáculos de títeres. *Por qué:* la imagen del saco con los santos y el titiritero comiendo encima es grotesca y eficaz. (Cervantes volvería sobre los títeres, memorablemente, en el retablo de maese Pedro del *Quijote*.)

24. De los comediantes y la farsanta. Primero los critica —el que sale vestido de príncipe y fuera del tablado jura «a fe de hijodalgo»—, pero luego los defiende con calor: trabajan «con inllevable trabajo», «no engañan a nadie» porque sacan su mercancía a la vista de todos, y «son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreación». *Zahiere y defiende:* el oficio de comediante. *Por qué:* esta doble mirada —sátira y elogio— es muy cervantina, y muy personal: Cervantes amó el teatro, escribió comedias y entremeses, y sufrió el desdén de los corrales y el triunfo del teatro nuevo de Lope. La defensa del cómico como oficio digno y «necesario en la república» es, por eso, algo más que una agudeza: es una toma de partido de quien conocía por dentro la dureza y la nobleza de esa vida errante. Compárese la doble mirada de esta entrada con la de los escribanos (entrada 28): en ambos casos Vidriera empieza por lo que el vulgo espera —la burla— y termina en la justicia, reivindicando el valor del oficio. Es su método moral en estado puro: reír primero, pensar después.

25. El chiste de *Nemo*. Preguntado quién fue el más dichoso del mundo, responde que *Nemo* —«Nadie»—, y lo prueba encadenando frases latinas: *«Nemo novit Patrem, Nemo sine crimine vivit, Nemo sua sorte contentus, Nemo ascendit in coelum»*. *Zahiere / juega:* con la condición humana. *Por qué:* toma «Nemo» (nadie) como si fuera un nombre propio, y así resulta que «Nadie» conoce al Padre, «Nadie» vive sin culpa, «Nadie» está contento con su suerte, «Nadie» sube al cielo. Es un juego escolar, latino y agudísimo, que retrata al humanista. El chiste tiene además un fondo serio, casi teológico: bajo la broma se afirma que ningún hombre es plenamente dichoso, que la culpa y el descontento son universales, y que la única dicha verdadera —subir al cielo — no está al alcance de nadie por sus solas fuerzas. La agudeza gramatical envuelve una meditación sobre los límites de la felicidad humana; reír y pensar, otra vez, en la misma frase.

26. De los que se tiñen las barbas. Contra los que disimulan las canas con tinte: la riña del portugués y el castellano —«¡Por istas barbas que teño no rostro!» / «¡Ollay, home, naon digáis teño, sino tiño!»—, y la historia del viejo que se tiñó la noche antes de su boda y la novia no lo reconoció y deshizo el casamiento. *Zahiere:* la coquetería y el engaño de los viejos. *Por qué:* la pulla portuguesa es un juego bilingüe (teño = «tengo» en portugués, suena a «tiño»), y el cuento del novio teñido es una pequeña novela dentro de la novela, con moraleja sobre la verdad y la apariencia. Bajo la broma late uno de los temas mayores del libro y del Barroco: la distancia entre el ser y el parecer. La novia «conoció por la pinta y por la tinta la figura» y reclamó «el mismo esposo que ellos le habían mostrado»: el teñido ha falseado su identidad, y la mentira de la apariencia deshace el vínculo. El vidrio de Vidriera —transparente, sin doblez— es justamente lo contrario del viejo teñido: la verdad frente al disimulo.

27. De las dueñas. Les tiene la misma ojeriza que a los teñidos: se burla de «su permafoy, de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindres [...] su modo de hablar, con más repulgos que sus tocas». *Zahiere:* las dueñas, figura muy satirizada de la época. *Por qué:* acumula rasgos —afectación, remilgos, avaricia— del tipo de la dueña, que Cervantes y Quevedo convirtieron en blanco favorito. Sátira de tipo, más que de persona.

28. De los escribanos (la defensa). A quien le reprocha no haber criticado nunca a los escribanos, responde que «no soy tan frágil que me deje ir con la corriente del vulgo», y defiende el oficio: sin el escribano «andaría la verdad por el mundo a sombra de tejados», es «persona pública» necesaria a la justicia; si hay veinte mil en España, no todos son del diablo. *Zahiere / defiende:* aquí Vidriera va contra la murmuración fácil. *Por qué:* es el reverso de la sátira: la prueba de que Vidriera —y Cervantes— no critican por sistema, sino con criterio. Distingue el oficio de sus abusos, y se niega a seguir al «vulgo» en su odio tópico a los escribanos. Es una de las claves morales del libro.

29. Del religioso gordo y los santos. Alguien dice de un fraile obeso que «de hético no se puede mover»; Vidriera se enoja —*«Nolite tangere christos meos»* («No toquéis a mis ungidos»)— y observa que, de los santos canonizados en los últimos años, ninguno se llamaba «el capitán don Fulano» ni «el Conde o Duque de tal parte», sino «fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo», «porque las religiones son los Aranjueces del cielo». *Zahiere:* de paso, la vanidad nobiliaria, y defiende a los religiosos humildes. *Por qué:* la imagen de las órdenes religiosas como «Aranjueces del cielo» —jardines de donde salen los frutos para la mesa de Dios — es de una belleza inesperada, y el contraste entre el santo fraile y el noble sin santidad tiene su punta social.

30. Contra la corte (el adiós). Ya cuerdo y arruinado, al dejar la corte: «¡Oh corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos, sustentas abundantemente a los truhanes desvergonzados y matas de hambre a los discretos vergonzosos!». *Zahiere:* la corte entera. *Por qué:* es la sentencia que resume la moral del libro y su desengaño. La corte premia el descaro y castiga la virtud tímida. Y todavía remata, al presentarse ante la multitud, con el retruécano perfecto: había venido «para abogar y ganar la vida; pero si no me dejáis, habré venido a bogar y granjear la muerte» —de *abogar* (ejercer de abogado) a *bogar* (remar, como un galeote)—. La agudeza verbal, hasta el final, es su modo de decir la verdad. Nótese la exquisita construcción de esta última frase: cuatro miembros enfrentados dos a dos —*abogar*/*bogar*, *ganar la vida*/*granjear la muerte*—, con una simetría fónica que hace inolvidable el sentido. Que la novela cierre su galería de agudezas con este juego sobre la vida y la muerte no es casual: anuncia el destino inmediato de Tomás, que efectivamente irá a «bogar» —a servir, a remar en el sentido figurado— hasta la muerte. La palabra, en Cervantes, profetiza el desenlace. Y confirma que la lucidez de Vidriera no lo abandona ni cuerdo: sigue viendo, y diciendo, la verdad de su propia suerte.

Estas treinta entradas no agotan el caudal de la novela. Vale la pena recorrer, siquiera de pasada, algunas de las que quedan fuera, porque completan el mapa social que Vidriera va trazando con sus pullas.

De los **alguaciles** dice que no es raro que tengan enemigos, «siendo su oficio, o prenderte, o sacarte la hacienda de casa, o tenerte en la suya en guarda y comer a tu costa»: la sátira del brazo ejecutor de la justicia, el que cobra por el mal que hace. De los **procuradores y solicitadores** —los gestores de pleitos— dice que se parecen a los médicos: «sane o no sane el enfermo, ellos llevan su propina», y los otros cobran «salgan o no salgan con el pleito que ayudan». Es la crítica del profesional que gana igual acierte o yerre, tan actual como entonces.

De los **diestros** —los maestros de esgrima que pretendían reducir la lucha a geometría— se burla porque quieren «reducir a demostraciones matemáticas, que son infalibles, los movimientos y pensamientos coléricos de sus contrarios»: la pedantería de la teoría frente a la realidad brutal de la pelea. La pulla enlaza con un debate real de la época sobre la «destreza» como ciencia, que Cervantes miró siempre con sorna.

De los **gariteros y tahúres** —los que tenían y frecuentaban las casas de juego— «decía milagros»: los gariteros son «públicos prevaricadores» que desean que el jugador pierda para cobrar su parte; y, con ironía, alaba «la paciencia de un tahúr» que perdía toda la noche sin descoser la boca «a trueco de que su contrario no se alzase». Es la sátira del vicio del juego y de la economía turbia que lo rodeaba. De los **pasteleros** dice que llevan años jugando «a la dobladilla» —haciendo el pastel de a dos con la masa del de a cuatro—, esto es, defraudando en el peso y la calidad: la picaresca del pequeño comercio de boca.

De los **músicos y los correos de a pie** dice que «tenían las esperanzas y las suertes limitadas», porque los unos aspiran a lo sumo a ser músicos del rey y los otros a correos de a caballo: la sátira melancólica del oficio sin porvenir. Y de las **cortesanas** —las «damas» de la corte— suelta uno de sus retruécanos más citados: que todas, o las más, «tenían más de corteses que de sanas», jugando con el doble sentido de la salud del cuerpo y la de la conducta.

Hay, en fin, agudezas que no apuntan a un oficio, sino a la condición humana. Al ver en una iglesia, a la vez, un entierro, un bautizo y una boda, dice que «los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen y las mujeres triunfan»: una miniatura sobre las edades de la vida. Y cuando le pica una avispa en el cuello y no se atreve a espantarla por no quebrarse, razona que «aquella avispa debía de ser murmuradora», porque «las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes a desmoronar cuerpos de bronce, no que de vidrio». La murmuración —tema recurrente en toda la obra— es, para Vidriera, la más corrosiva de las plagas: más dura que el bronce y más frágil que el vidrio no resisten a ella.

Todas juntas, estas sentencias muestran el método: cada dicho es un pequeño juicio moral, envuelto en agudeza, sobre un vicio o un oficio; y el conjunto es un retrato completo, satírico y compasivo a la vez, de una sociedad entera. No hay estamento que se libre —soldados, letrados, clérigos, mercaderes, artesanos, gente del camino, mujeres, poderosos—, y sin embargo el tono nunca es de odio: es el desengaño risueño del que ha visto mucho mundo y ha aprendido a reírse de él sin dejar de quererlo.

Fortuna y lecturas: cómo se ha leído la obra

Desde 1613, *El licenciado Vidriera* no ha dejado de leerse, pero se ha leído de maneras muy distintas según las épocas. Conviene distinguir lo seguro de lo conjetural, y resistir la tentación —tan frecuente en la divulgación— de atribuir a la obra intenciones o influencias que no pueden probarse. Lo que sigue se atiene a lo documentado.

Lo seguro es que la novela gozó de éxito temprano. Las *Novelas ejemplares* se reimprimieron numerosas veces en el propio siglo XVII, dentro y fuera de España, y se tradujeron pronto al francés y al inglés; el conjunto fue una de las obras de Cervantes más leídas en Europa, a la par o por delante del *Quijote* en algunos países. Dentro del volumen, *El licenciado Vidriera* fue siempre una de las piezas más apreciadas por su ingenio, hasta el punto de que sus sentencias circularon a veces sueltas, como colección de agudezas, al margen del relato.

La novela se difundió, además, formando parte de un conjunto: las *Novelas ejemplares* se leyeron y editaron casi siempre juntas, y esa vecindad influyó en su recepción. *El licenciado Vidriera* dialoga, dentro del volumen, con las demás piezas: con el mundo picaresco y jurídico de *Rinconete y Cortadillo*, con la reflexión sobre la locura y el lenguaje que culmina en el *Coloquio de los perros* —donde también dos seres al margen de lo humano (dos perros que hablan) ejercen la crítica social—, con las historias de amor y honra de las novelas idealizantes. Leerla dentro de ese conjunto, y no aislada, es leerla como Cervantes quiso que se leyera.

En los siglos XVIII y XIX, la crítica ilustrada y luego la romántica valoraron sobre todo el **cuadro de costumbres** y la sátira. Se leyó la novela como un retrato vivísimo de la España de su tiempo, y a Vidriera como un moralista agudo. Fue también en esa época cuando empezó a fraguar el reproche que aún hoy se le hace: que la obra «se rompe» en su mitad, que el tramo de las sentencias es más una recopilación de dichos que una acción novelesca, y que el relato vale más por sus partes que por su conjunto. Es una objeción atendible, y ya la hemos discutido: puede verse como defecto o como forma deliberada.

El siglo XX renovó a fondo la lectura. Los grandes editores y anotadores —Francisco Rodríguez Marín a principios de siglo, y más tarde Juan Bautista Avalle-Arce y Harry Sieber, entre otros— fijaron el texto y aclararon sus dificultades, y una edición crítica moderna, dirigida por Jorge García López bajo el sello de la Real Academia y el Instituto Cervantes, puso las *Novelas ejemplares* sobre bases filológicas sólidas. En el plano interpretativo, Américo Castro, en *El pensamiento de Cervantes* (1925), subrayó la vena crítica, irónica y «erasmista» del autor, y esa clave —Cervantes como espíritu libre que examina los prejuicios de su sociedad— iluminó también la lectura de *Vidriera*. Joaquín Casalduero, en su estudio de conjunto de las *Novelas ejemplares*, propuso leerlas como una arquitectura de sentido, y Agustín G. de Amezúa las situó en la historia de la novela corta española. Edward C. Riley, por su parte, mostró la coherencia de la teoría literaria de Cervantes, atenta al equilibrio entre lo ideal y lo verosímil.

La novela ha tenido también una vida más allá de la letra impresa. Su figura central —el hombre que se cree de vidrio— ha fascinado a lectores, dramaturgos y artistas de muchas épocas, y ha reaparecido, con nombres distintos, cada vez que la cultura ha querido pensar la frontera entre la genialidad y la enfermedad, entre el que ve claro y el que enloquece. El «licenciado Vidriera» se ha convertido, con el tiempo, en una especie de arquetipo: el del intelectual frágil y transparente, demasiado lúcido para el mundo. Que su nombre se use hoy como emblema —hay instituciones, colecciones y premios que lo han tomado— prueba la fuerza de la invención cervantina, capaz de condensar en una imagen —el vidrio— toda una manera de estar, o de no poder estar, en el mundo.

De todas esas lecturas ha ido decantándose un consenso: *El licenciado Vidriera* es, a la vez, una **sátira de la sociedad** de su tiempo y una **reflexión sobre el saber y la locura**, y las dos cosas se sostienen mutuamente. La locura es el mirador desde el que se ve la sociedad; la sociedad es lo que la locura ilumina. Y bajo ambas late una pregunta que sigue viva: ¿qué lugar hay, en el mundo, para el hombre que ve demasiado claro? El final de la novela —el sabio que solo halla acomodo en la muerte del soldado— es la respuesta desengañada de Cervantes, y su modernidad. Hoy leemos a Vidriera no solo como un cuadro de época, sino como el retrato temprano de una figura muy nuestra: la del intelectual lúcido y marginado, que dice las verdades que nadie quiere oír y a quien nadie, por eso, sabe dónde poner.

Queda, para terminar, una advertencia de método que este comentario ha querido respetar y que el lector hará bien en exigir a cualquier estudio: no confundir lo que la novela *dice* con lo que a nosotros nos gustaría que dijera. Cervantes es lo bastante rico como para sostener muchas lecturas —satírica, filosófica, biográfica, social—, pero no cualquiera. Las páginas que siguen, con el texto íntegro y su glosario, están ahí para que cada lector vuelva a la fuente y compruebe por sí mismo. El mejor comentario es el que devuelve al lector a la obra con los ojos más despiertos; si este lo consigue, habrá cumplido su único propósito.

Cronología de Cervantes y de la obra

Año	Vida de Cervantes	Contexto y obra
1547	Nace en Alcalá de Henares (bautizado el 9 de octubre).	Reinado de Carlos I.
h. 1569	Marcha a Italia; sirve al cardenal Acquaviva en Roma.	Conoce de primera mano la Italia española.
1571	Combate en la batalla de Lepanto (7 de octubre); queda inútil de la mano izquierda («el manco de Lepanto»).	Liga Santa contra el turco.
1575–1580	Apresado por corsarios; cautivo en Argel; rescatado en 1580.	Varios intentos de fuga.
1584–1585	Se casa con Catalina de Salazar (1584); publica *La Galatea* (1585).	Reinado de Felipe II.
h. 1587	Comisario de abastos para la Armada en Andalucía; luego recaudador de impuestos.	Trato diario con soldados, mercaderes y oficios.
1597	Encarcelado en Sevilla por enredos de cuentas.	La tradición sitúa aquí el germen del *Quijote* (dato incierto).
1601–1606	Reside en Valladolid, adonde se ha trasladado la corte.	La corte en Valladolid: marco de *El licenciado Vidriera*.
h. 1604–1606	Probable redacción o ambientación de *El licenciado Vidriera* (según la crítica, por las alusiones a la corte vallisoletana).	—
1605	Publica la primera parte del *Quijote* (Juan de la Cuesta, Madrid; a costa de Francisco de Robles).	Éxito editorial inmediato.
1613	Publica las ***Novelas ejemplares*** (Madrid, Juan de la Cuesta, a costa de Francisco de Robles); *El licenciado Vidriera* es la quinta de las doce.	Cervantes tiene 66 años.
1614	Publica el *Viaje del Parnaso*.	Aparece el *Quijote* apócrifo de Avellaneda.
1615	Publica la segunda parte del *Quijote* y las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos*.	—
1616	Muere en Madrid el 22 de abril (enterrado el 23); pocos días antes firma la dedicatoria del *Persiles*.	—
1617	Aparece, póstumo, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*.	—

Nota: las fechas de nacimiento, Lepanto, cautiverio, publicaciones y muerte son seguras; la fecha exacta de composición de *El licenciado Vidriera* se desconoce y se propone por conjetura a partir de datos internos.

Guía de lectura: diez preguntas para el aula o el club de lectura

1. **Los tres nombres.** Tomás se llama sucesivamente Rodaja, Vidriera y Rueda. ¿Qué representa cada nombre? ¿Por qué cambia «Rodaja» por «Rueda» al curarse, y qué gana o pierde con el cambio?

1. **La causa de la locura.** El narrador insiste en que el hechizo del membrillo fue, en realidad, un veneno. ¿Por qué le importa a Cervantes dar una explicación natural —y no mágica— de la locura? ¿Cómo encaja eso con la mentalidad de su época?

1. **La paradoja del vidrio.** ¿Por qué se cree Tomás de vidrio y no de otra materia? Enumere los sentidos de la metáfora —fragilidad, transparencia, agudeza— y discuta cuál pesa más en la novela.

1. **La licencia del loco.** Vidriera dice verdades que un cuerdo no podría decir. ¿Qué críticas concretas se «permite» gracias a su locura? ¿Cree que Cervantes comparte esas críticas o solo las expone?

1. **Sátira con medida.** Vidriera ataca a los malos médicos, pero respeta la medicina; critica a los malos escribanos, pero defiende el oficio. ¿Qué nos dice esa distinción sobre la actitud moral de Cervantes?

1. **El final.** El sabio curado fracasa y muere soldado. ¿Es un final pesimista? ¿Qué juicio sobre la sociedad —y sobre el lugar del saber en ella— se desprende de ese desenlace?

1. **Las mujeres.** Muchas pullas de Vidriera son misóginas. ¿Hasta qué punto son opinión del personaje, tópico del género satírico o tesis del autor? Compare con otras mujeres de la obra cervantina que conozca.

1. **La corte.** Compare la Salamanca del principio con la corte del final. ¿Qué valores encarna cada lugar? ¿Por qué la corte resulta el peor sitio para un hombre de provecho?

1. **La estructura.** El centro de la novela es casi todo diálogo y sentencia, sin apenas acción. ¿Le parece un defecto o un acierto? ¿Cómo cambiaría la obra si tuviera más «trama»?

1. **Actualidad.** ¿Reconoce hoy a la figura de Vidriera —el lúcido incómodo a quien nadie hace caso cuando habla en serio? ¿Qué oficios y vicios de nuestro tiempo pondría usted en su boca?

Fuentes usadas de verdad

Este estudio se apoya en el conocimiento común de los estudios cervantinos y en la lectura directa del texto. No se han inventado citas ni fechas; donde un dato es incierto, se ha dicho. Las obras y autores mencionados a lo largo del libro, todos ellos reales y de referencia, son:

- **Miguel de Cervantes**, *Novelas ejemplares* (Madrid, Juan de la Cuesta, a costa de Francisco de Robles, 1613), y en particular *El licenciado Vidriera*. El texto que se reproduce al final de este libro procede de una edición crítica moderna revisada (colección Clásicos molineros), con su glosario.
- **Miguel de Cervantes**, prólogo a las *Novelas ejemplares* (autorretrato del autor; declaración de ser «el primero que he novelado en lengua castellana»; imagen de la «mesa de trucos»).
- **Américo Castro**, *El pensamiento de Cervantes* (1925): la vena crítica e «erasmista» de Cervantes.
- **Marcel Bataillon**, *Erasmo y España*: la difusión del erasmismo en la España del siglo XVI.
- **Francisco Rodríguez Marín**, ediciones y anotaciones de las *Novelas ejemplares* (primeras décadas del siglo XX).
- **Juan Bautista Avalle-Arce**, edición de las *Novelas ejemplares* (Castalia).
- **Harry Sieber**, edición de las *Novelas ejemplares* (Cátedra).
- **Jorge García López**, edición crítica de las *Novelas ejemplares* (Real Academia Española / Instituto Cervantes – Crítica).
- **Joaquín Casalduero**, *Sentido y forma de las «Novelas ejemplares»*.
- **Agustín G. de Amezúa y Mayo**, *Cervantes, creador de la novela corta española*.
- **Edward C. Riley**, *Teoría de la novela en Cervantes* (Cervantes's Theory of the Novel).
- **Juan Luis Alborg**, *Historia de la literatura española* (tomo del Siglo de Oro).

Para el marco histórico y médico se ha recurrido a nociones bien establecidas y no controvertidas: la teoría de los cuatro humores de tradición hipocrático-galénica; la asociación renacentista entre melancolía y genio; la existencia documentada del «delirio del vidrio» como forma de melancolía en la Europa de los siglos XVI y XVII; el traslado de la corte a Valladolid entre 1601 y 1606; y el funcionamiento del sistema de aprobaciones, licencias, privilegios y tasa en la imprenta española de la época. Para las cuestiones de lengua clásica (contracciones, futuro de subjuntivo, léxico en desuso) se ha seguido el propio texto y el glosario que lo acompaña.

Miguel de Cervantes Saavedra murió el 22 de abril de 1616. Su obra es de dominio público. Este comentario es obra original de Wordkers, 2026.

Anexo

El licenciado Vidriera

Texto íntegro y glosario

Novela del licenciado Vidriera

Texto íntegro de la edición revisada de los Clásicos molineros (E-041). Las palabras marcadas abren su definición del glosario; toca la palabra para leerla y vuelve al texto con la flecha.

I. Tomás Rodaja

Paseándose dos caballeros estudiantes por las riberas de Tormes, hallaron en ellas debajo de un árbol durmiendo a un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador. Mandaron a un criado que le despertase; despertó y preguntáronle de adónde era y qué hacía durmiendo en aquella soledad. A lo cual el muchacho respondió que el nombre de su tierra se le había olvidado, y que iba a la ciudad de Salamanca a buscar un amo a quien servir, por solo que le diese estudio. Preguntáronle si sabía leer; respondió que sí, y escribir también.

—D'esa manera –dijo uno de los caballeros–, no es por falta de memoria habérsete olvidado el nombre de tu patria.

—Sea por lo que fuere –respondió el muchacho–, que ni el d'ella ni del de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos a ellos y a ella.

—Pues ¿de qué suerte los piensas honrar? –preguntó el otro caballero.

—Con mis estudios –respondió el muchacho–, siendo famoso por ellos; porque yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos.

Esta respuesta movió a los dos caballeros a que le recibiesen y llevasen consigo, como lo hicieron, dándole estudio de la manera que se usa dar en aquella universidad a los criados que sirven. Dijo el muchacho que se llamaba Tomás Rodaja, de donde infirieron sus amos, por el nombre y por el vestido, que debía de ser hijo de algún labrador pobre. A pocos días le vistieron de negro, y a pocas semanas dio Tomás muestras de tener raro ingenio, sirviendo a sus amos con tanta fidelidad, puntualidad y diligencia que, con no faltar un punto a sus estudios, parecía que solo se ocupaba en servirlos. Y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor a tratarle bien, ya Tomás Rodaja no era criado de sus amos, sino su compañero. Finalmente, en ocho años que estuvo con ellos, se hizo tan famoso en la universidad por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo género de gentes era estimado y querido.

Su principal estudio fue de leyes, pero en lo que más se mostraba era en letras humanas; y tenía tan felice memoria que era cosa de espanto, e ilustrábala tanto con su buen entendimiento, que no era menos famoso por él que por ella.

Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabaron sus estudios y se fueron a su lugar, que era una de las mejores ciudades de la Andalucía. Lleváronse consigo a Tomás, y estuvo con ellos algunos días pero, como le fatigasen los deseos de volver a sus estudios, y a Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado), pidió a sus amos licencia para volverse. Ellos, corteses y liberales, se la dieron, acomodándole de suerte que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años.

II. El viaje

Despidiose d'ellos, mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salió de Málaga, que esta era la patria de sus señores. Y al bajar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera, se topó con un gentilhombre a caballo, vestido bizarramente de camino, con dos criados también a caballo. Juntose con él y supo cómo llevaba su mismo viaje. Hicieron camarada, departieron de diversas cosas, y a pocos lances dio Tomás muestras de su raro ingenio, y el caballero las dio de su bizarría y cortesano trato, y dijo que era capitán de infantería por Su Majestad, y que su alférez estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca. Alabó la vida de la soldadesca; pintole muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías; dibujole dulce y puntualmente el *aconcha, patrón; pasa acá, manigoldo; venga la macarela, li polastri e li macarroni*. Puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado y de la libertad de Italia, pero no le dijo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de la minas, con otras cosas d'este jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal d'ella. En resolución, tantas cosas le dijo, y tan bien dichas, que la discreción de nuestro Tomás Rodaja comenzó a titubear y la voluntad a aficionarse a aquella vida, que tan cerca tiene la muerte.

El capitán, que don Diego de Valdivia se llamaba, contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomás, le rogó que se fuese con él a Italia, si quería, por curiosidad de verla, que él le ofrecía su mesa; y aun si fuese necesario, su bandera, porque su alférez la había de dejar presto. Poco fue menester para que Tomás tuviese el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso de que sería bueno ver a Italia y Flandes y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen a los

hombres discretos; y que en esto, a lo más largo podía gastar tres o cuatro años que, añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos que impidiesen volver a sus estudios. Y como si todo hubiera de suceder a la medida de su gusto, dijo al capitán que era contento de irse con él a Italia; pero había de ser condición que no se había de sentar debajo de bandera, ni poner en lista de soldado, por no obligarse a seguir su bandera. Y aunque el capitán le dijo que no importaba ponerse en lista, que ansí gozaría de los socorros y pagas que a la compañía se diesen, porque él le daría licencia todas las veces que se la pidiese.

—Eso sería –dijo Tomás– ir contra mi conciencia y contra la del señor capitán; y así, más quiero ir suelto que obligado.

—Conciencia tan escrupulosa –dijo don Diego–, más es de religioso que de soldado; pero, comoquiera que sea, ya somos camaradas.

Llegaron aquella noche a Antequera, y en pocos días y grandes jornadas se pusieron donde estaba la compañía, ya acabada de hacer, y que comenzaba a marchar la vuelta de Cartagena, alojándose ella y otras cuatro por los lugares que le venían a mano. Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la incomodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios, y finalmente la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecía.

Habíase vestido Tomás de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose a lo de Dios es Cristo, como se suele decir. Los muchos libros que tenía los redujo a unas *Horas de Nuestra Señora* y un *Garcilaso* sin comento, que en las dos faldriqueras llevaba.

Llegaron más presto de lo que quisieran a Cartagena, porque la vida de los alojamientos es ancha y varia, y cada día se topan cosas nuevas y gustosas. Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles, y allí notó también Tomás Rodaja la estraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas. Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de León, que tuvieron dos; que la una los echó en Córcega y la otra los volvió a Tolón, en Francia. En fin, trasnochados, mojados y con ojeras, llegaron a la hermosa y bellísima ciudad de Génova y, desembarcándose en su recogido mandrache, después de haber visitado una iglesia, dio el capitán con todas sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas con el presente *gaudeamus*.

Allí conocieron la suavidad del Treviano, el valor del Montefrascón, la [inercia] del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candia y Soma, la grandeza del de las Cinco Viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Guarnacha, la rusticidad de la Chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del Romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropelía, ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente, a Madrigal, Coca, Alaejos, y a la imperial más que Real Ciudad, recámara del dios de la risa; ofreció a Esquivias, a Alanís, a Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se le olvidase de Ribadavia y de Descargamaría. Finalmente, más vinos nombró el huésped, y más les dio, que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco.

Admiráronle también al buen Tomás los rubios cabellos de las ginovesas, y la gentileza y gallarda disposición de los hombres; la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro.

Otro día se desembarcaron todas las compañías que habían de ir al Piamonte; pero no quiso Tomás hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra a Roma y a Nápoles, como lo hizo, quedando de volver por la gran Venecia y por Loreto a Milán y al Piamonte, donde dijo don Diego de Valdivia que le hallaría si ya no los hubiesen llevado a Flandes, según se decía. Despidiose Tomás del capitán de allí a dos días, y en cinco llegó a Florencia, habiendo visto primero a Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que mejor que en otras partes de Italia son bien vistos y agasajados los españoles.

Contentole Florencia en estremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, sumptuosos edificios, fresco río y apacibles calles. Estuvo en ella cuatro días, y luego se partió a Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza. Y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes; por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura; por sus puentes, que parece que se están mirando unas a otras, y por sus calles, que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras d'este jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó también la autoridad del Colegio de los Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró, y notó y puso en su punto. Y habiendo andado la estación de las siete iglesias, y confesádose con un penitenciario, y besado el pie a Su Santidad, lleno de *agnusdeis* y cuentas, determinó irse a Nápoles. Y por ser tiempo de mutación, malo y dañoso para todos los que en él entran o salen de Roma, como hayan caminado por tierra, se fue por mar a Nápoles, donde a la admiración que traía de haber visto a Roma

añadió la que le causó ver a Nápoles, ciudad, a su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa y aun de todo el mundo.

Desde allí se fue a Sicilia, y vio a Palermo, y después a Micina; de Palermo le pareció bien el asiento y belleza, y de Micina, el puerto, y de toda la isla, la abundancia, por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia. Volviose a Nápoles y a Roma, y de allí fue a Nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vio paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera y de pinturas y retablos, que daban manifiesto indicio de las inumerables mercedes que muchos habían recebido de la mano de Dios, por intercesión de su divina Madre, que aquella sacrosanta imagen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devoción que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vio el mismo aposento y estancia donde se relató la más alta embajada y de más importancia que vieron y no entendieron todos los cielos, y todos los ángeles y todos los moradores de las moradas sempiternas.

Desde allí, embarcándose en Ancona, fue a Venecia, ciudad que, a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en él semejante: merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Méjico, para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América, espanto del mundo nuevo. Pareciole que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres, y finalmente toda ella en sí y en sus partes digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se estiende, dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso Arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras, con otros bajeles que no tienen número. Por poco fueran los de Calipso los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso en Venecia, pues casi le hacían olvidar de su primer intento. Pero, habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma y Plasencia volvió a Milán, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia; ciudad en fin de quien se dice que puede decir y hacer, haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo y su maravillosa abundancia de todas las cosas a la vida humana necesarias. Desde allí se fue a Aste, y llegó a tiempo que otro día marchaba el tercio a Flandes. Fue muy bien recebido de su amigo el capitán, y en su compañía y camarada pasó a Flandes, y llegó a Amberes, ciudad no menos para maravillar que las que había visto en Italia. Vio a Gante, y a Bruselas, y vio que todo el país se disponía a tomar las armas, para salir en campaña el verano siguiente.

Y habiendo cumplido con el deseo que le movió a ver lo que había visto, determinó volverse a España y a Salamanca a acabar sus estudios; y como lo pensó lo puso luego por obra, con pesar grandísimo de su camarada, que le rogó, al tiempo del despedirse, le avisase de su salud, llegada y suceso. Prometióselo ansí como lo pedía, y por Francia volvió a España, sin haber visto a París, por estar puesta en armas. En fin, llegó a Salamanca, donde fue bien recebido de sus amigos, y con la comodidad que ellos le hicieron prosiguió sus estudios hasta graduarse de licenciado en leyes.

III. El hechizo

Sucedió que en este tiempo llegó a aquella ciudad una dama de todo rumbo y manejo. Acudieron luego a la añagaza y reclamo todos los pájaros del lugar, sin quedar vademécum que no la visitase. Dijéronle a Tomás que aquella dama decía que había estado en Italia y en Flandes y, por ver si la conocía, fue a visitarla, de cuya visita y vista quedó ella enamorada de Tomás. Y él, sin echar de ver en ello, si no era por fuerza y llevado de otros, no quería entrar en su casa. Finalmente, ella le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda. Pero, como él atendía más a sus libros que a otros pasatiempos, en ninguna manera respondía al gusto de la señora, la cual, viéndose desdeñada y a su parecer aborrecida y que por medios ordinarios y comunes no podía conquistar la roca de la voluntad de Tomás, acordó de buscar otros modos, a su parecer más eficaces y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos. Y así, aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dio a Tomás unos d'estos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad a quererla: como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes a forzar el libre albedrío; y así, las que dan estas bebidas o comidas amatorias se llaman *veneficios*; porque no es otra cosa lo que hacen sino dar veneno a quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones.

Comió en tan mal punto Tomás el membrillo, que al momento comenzó a herir de pie y de mano como si tuviera alferecía, y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado, y dijo con lengua turbada y tartamuda que un membrillo que había comido le había muerto, y declaró quién se le había dado. La justicia, que tuvo noticia del caso, fue a buscar la malhechora; pero ya ella, viendo el mal suceso, se había puesto en cobro y no pareció jamás.

Seis meses estuvo en la cama Tomás, en los cuales se secó y se puso, como suele decirse, en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos. Y aunque le hicieron los remedios posibles, solo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no de lo del entendimiento, porque quedó sano, y loco de la más estraña locura que entre las locuras hasta entonces se había visto. Imaginose el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginación, cuando alguno se llegaba a él, daba terribles voces pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen, porque le quebrarían; que real y verdaderamente él no era como los otros hombres: que todo era de vidrio de pies a cabeza.

Para sacarle d'esta estraña imaginación, muchos, sin atender a sus voces y rogativas, arremetieron a él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo del cual no volvía en sí en cuatro horas; y cuando volvía, era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no le llegasen. Decía que le hablasen desde lejos y le preguntasen lo que quisiesen, porque a todo les respondería con más entendimiento, por ser hombre de vidrio y no de carne: que el vidrio, por ser de materia sutil y delicada, obraba por ella el alma con más promptitud y eficacia que no por la del cuerpo, pesada y terrestre.

Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decía, y así, le preguntaron muchas y difíciles cosas, a las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio: cosa que causó admiración a los más letrados de la Universidad y a los profesores de la medicina y filosofía, viendo que en un sujeto donde se contenía tan extraordinaria locura como era el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento que respondiese a toda pregunta con propiedad y agudeza.

Pidió Tomás le diesen alguna funda donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algún vestido estrecho no se quebrase; y así, le dieron una ropa parda y una camisa muy ancha, que él se vistió con mucho tiento y se ciñó con una cuerda de algodón. No quiso calzarse zapatos en ninguna manera, y el orden que tuvo para que le diesen de comer, sin que a él llegasen, fue poner en la punta de una vara una vasera de orinal, en la cual le ponían alguna cosa de fruta de las que la sazón del tiempo ofrecía. Carne ni pescado, no lo quería; no bebía sino en fuente o en río, y esto con las manos; cuando andaba por las calles iba por la mitad d'ellas, mirando a los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima y le quebrase. Los veranos dormía en el campo al cielo abierto, y los inviernos se metía en algún mesón, y en el pajar se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquella era la más propia y más segura cama que podían tener los hombres de vidrio. Cuando tronaba, temblaba como un azogado, y se salía al campo y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad. Tuviéronle encerrado sus amigos mucho tiempo, pero viendo que su desgracia pasaba adelante, determinaron de condecender con lo que él les pedía, que era le dejasen andar libre; y así, le dejaron, y él salió por la ciudad, causando admiración y lástima a todos los que le conocían. Cercáronle luego los muchachos; pero él con la vara los detenía, y les rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase; que por ser hombre de vidrio, era muy tierno y quebradizo. Los muchachos, que son la más traviesa generación del mundo, a despecho de sus ruegos y voces, le comenzaron a tirar trapos, y aun piedras, por ver si era de vidrio, como él decía. Pero él daba tantas voces y hacía tales estremos, que movía a los hombres a que riñesen y castigasen a los muchachos porque no le tirasen. Mas un día que le fatigaron mucho se volvió a ellos, diciendo:

IV. El licenciado Vidriera y sus sentencias

—¿Qué me queréis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como pulgas? ¿Soy yo, por ventura, el monte Testacho de Roma, para que me tiréis tantos tiestos y tejas?

Por oírle reñir y responder a todos, le seguían siempre muchos, y los muchachos tomaron y tuvieron por mejor partido antes oílle que tiralle.

Pasando, pues, una vez por la ropería de Salamanca, le dijo una ropera:

—En mi ánima, señor Licenciado, que me pesa de su desgracia; pero ¿qué haré, que no puedo llorar?

Él se volvió a ella y muy mesurado le dijo:

—*Filiae Hierusalem, plorate super vos et super filios vestros*.

Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho y díjole:

—Hermano licenciado Vidriera (que así decía él que se llamaba), más tenéis de bellaco que de loco.

—No se me da un ardite –respondió él–, como no tenga nada de necio.

Pasando un día por la casa llana y venta común, vio que estaban a la puerta d'ella muchas de sus moradoras, y dijo que eran bagajes del ejército de Satanás que estaban alojados en el mesón del infierno.

Preguntole uno que qué consejo o consuelo daría a un amigo suyo que estaba muy triste porque su mujer se le había ido con otro.

A lo cual respondió:

—Dile que dé gracias a Dios por haber permitido le llevasen de casa a su enemigo.

—Luego, ¿no irá a buscarla? –dijo el otro.

—¡Ni por pienso! –replicó Vidriera–, porque sería el hallarla hallar un perpetuo y verdadero testigo de su deshonra.

—Ya que eso sea así –dijo el mismo–, ¿qué haré yo para tener paz con mi mujer?

Respondiole:

—Dale lo que hubiere menester; déjala que mande a todos los de su casa, pero no sufras que ella te mande a ti.

Díjole un muchacho:

—Señor licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi padre porque me azota muchas veces.

Y respondiole:

—Advierte, niño, que los azotes que los padres dan a los hijos honran, y los del verdugo afrentan.

Estando a la puerta de una iglesia, vio que entraba en ella un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos, y detrás d'él venía uno que no estaba en tan buena opinión como el primero; y el Licenciado dio grandes voces al labrador, diciendo:

—Esperad, Domingo, a que pase el Sábado.

De los maestros de escuela decía que eran dichosos, pues trataban siempre con ángeles; y que fueran dichosísimos si los angelitos no fueran mocosos.

Otro le preguntó que qué le parecía de las alcahuetas. Respondió que no lo eran las apartadas, sino las vecinas.

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos se estendió por toda Castilla, y llegando a noticia de un príncipe o señor que estaba en la corte, quiso enviar por él, y encargóselo a un caballero amigo suyo, que estaba en Salamanca, que se lo enviase; y topándole el caballero un día, le dijo:

—Sepa el señor licenciado Vidriera que un gran personaje de la corte le quiere ver y envía por él.

A lo cual respondió:

—Vuesa merced me escuse con ese señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear.

Con todo esto, el caballero le envió a la corte, y para traerle usaron con él d'esta invención: pusiéronle en unas árguenas de paja, como aquellas donde llevan el vidrio, igualando los tercios con piedras, y entre paja puestos algunos vidrios, porque se diese a entender que como vaso de vidrio le llevaban.

Llegó a Valladolid; entró de noche y desembanastáronle en la casa del señor que había enviado por él, de quien fue muy bien recebido, diciéndole:

—Sea muy bien venido el señor licenciado Vidriera. ¿Cómo ha ido en el camino? ¿Cómo va de salud?

A lo cual respondió:

—Ningún camino hay malo, como se acabe, si no es el que va a la horca. De salud estoy neutral, porque están encontrados mis pulsos con mi celebro.

Otro día, habiendo visto en muchas alcándaras muchos neblíes y azores y otros pájaros de volatería, dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y de grandes señores; pero que advirtiesen que con ella echaba el gusto censo sobre el provecho a más de dos mil por uno. La caza de liebres dijo que era muy gustosa, y más cuando se cazaba con galgos prestados.

El caballero gustó de su locura y dejole salir por la ciudad, debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese cuenta que los muchachos no le hiciesen mal; de los cuales y de toda la corte fue conocido en seis días, y a cada paso, en cada calle y en cualquiera esquina, respondía a todas las preguntas que le hacían; entre las cuales le preguntó un estudiante si era poeta, porque le parecía que tenía ingenio para todo.

A lo cual respondió:

—Hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso.

—No entiendo eso de necio y venturoso –dijo el estudiante.

Y respondió Vidriera:

—No he sido tan necio que diese en poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno.

Preguntole otro estudiante que en qué estimación tenía a los poetas. Respondió que a la ciencia, en mucha; pero que a los poetas, en ninguna. Replicáronle que por qué decía aquello. Respondió que del infinito número de poetas que había, eran tan pocos los buenos, que casi no hacían número; y así, como si no hubiese poetas, no los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía porque encerraba en sí todas las demás ciencias: porque de todas se sirve, de todas se adorna, y pule y saca a luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla.

Añadió más:

—Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio que dicen:

Cum ducum fuerant olim Regnumque poeta:
premiaque antiqui magna tulere chori.
Sanctaque maiestas, et erat venerabile nomen
vatibus; et large sape dabantur opes.

»Y menos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platón intérpretes de los dioses, y d'ellos dice Ovidio:

Est Deus in nobis, agitante calescimus illo.

»Y también dice:

At sacri vates, et Divum cura vocamus.

»Esto se dice de los buenos poetas; que de los malos, de los churrulleros, ¿qué se ha de decir, sino que son la idiotez y la arrogancia del mundo?

Y añadió más:

—¡Qué es ver a un poeta d'estos de la primera impresión cuando quiere decir un soneto a otros que le rodean, las salvas que les hace diciendo: «Vuesas mercedes escuchen un sonetillo que anoche a cierta ocasión hice, que, a mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito!». Y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas y se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice con tono melifluo y alfenicado. Y si acaso los que le escuchan, de socarrones o de ignorantes, no se le alaban, dice: «O vuesas mercedes no han entendido el soneto, o yo no le he sabido decir; y así, será bien recitarle otra vez y que vuesas mercedes le presten más atención, porque en verdad en verdad que el soneto lo merece». Y vuelve como primero a recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues, ¿qué es verlos censurar los unos a los otros? ¿Qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos a los mastinazos antiguos y graves? ¿Y qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sujetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que, tomándola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, a despecho y pesar del circunspecto ignorante que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende, y del que quiere que se estime y tenga en precio la necedad que se sienta debajo de doseles y la ignorancia que se arrima a los sitiales?

Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas, por la mayor parte, eran pobres. Respondió que porque ellos querían, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabían aprovechar de la ocasión que por momentos traían entre las manos, que eran las de sus damas, que todas eran riquísimas en estremo, pues tenían los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral y la garganta de cristal transparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas; y más, que lo que sus plantas pisaban, por dura y estéril tierra que fuese, al momento producía jazmines y rosas; y que su aliento era de puro ámbar, almizcle y algalia; y que todas estas cosas eran señales y muestras de su mucha riqueza. Estas y otras cosas decía de los malos poetas, que de los buenos siempre dijo bien y los levantó sobre el cuerno de la luna.

Vio un día en la acera de San Francisco unas figuras pintadas de mala mano, y dijo que los buenos pintores imitaban a naturaleza, pero que los malos la vomitaban.

Arrimose un día con grandísimo tiento, porque no se quebrase, a la tienda de un librero, y díjole:

—Este oficio me contentara mucho si no fuera por una falta que tiene.

Preguntole el librero se la dijese. Respondiole:

—Los melindres que hacen cuando compran un privilegio de un libro, y de la burla que hacen a su autor si acaso le imprime a su costa, pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos.

Acaeció este mismo día que pasaron por la plaza seis azotados; y diciendo el pregón: «Al primero, por ladrón», dio grandes voces a los que estaban delante d'él, diciéndoles:

—¡Apartaos, hermanos, no comience aquella cuenta por alguno de vosotros!

Y cuando el pregonero llegó a decir: «Al trasero...», dijo:

—Aquel debe de ser el fiador de los muchachos.

Un muchacho le dijo:

—Hermano Vidriera, mañana sacan a azotar a una alcagüeta.

Respondiole:

—Si dijeras que sacaban a azotar a un alcagüete, entendiera que sacaban a azotar un coche.

Hallose allí uno d'estos que llevan sillas de manos, y díjole:

—De nosotros, Licenciado, ¿no tenéis qué decir?

—No –respondió Vidriera–, sino que sabe cada uno de vosotros más pecados que un confesor; más es con esta diferencia: que el confesor los sabe para tenerlos secretos, y vosotros para publicarlos por las tabernas.

Oyó esto un mozo de mulas, porque de todo género de gente le estaba escuchando contino, y díjole:

—De nosotros, señor Redoma, poco o nada hay que decir, porque somos gente de bien y necesaria en la república.

A lo cual respondió Vidriera:

—La honra del amo descubre la del criado. Según esto, mira a quién sirves y verás cuán honrado eres: mozos sois vosotros de la más ruin canalla que sustenta la tierra. Una vez, cuando no era de vidrio, caminé una jornada en una mula de alquiler tal, que le conté ciento y veinte y una tachas, todas capitales y enemigas del género humano. Todos los mozos de mulas tienen su punta de rufianes, su punta de cacos, y su es no es de truhanes. Si sus amos (que así llaman ellos a los que llevan en sus mulas) son boquimuelles, hacen más suertes en ellos que las que echaron en esta ciudad los años pasados: si son estranjeros, los roban; si estudiantes, los maldicen; y si religiosos, los reniegan; y si soldados, los tiemblan. Estos, y los marineros y carreteros y arrieros,

tienen un modo de vivir extraordinario y solo para ellos: el carretero pasa lo más de la vida en espacio de vara y media de lugar, que poco más debe de haber del yugo de las mulas a la boca del carro; canta la mitad del tiempo y la otra mitad reniega; y en decir: «Háganse a zaga» se les pasa otra parte; y si acaso les queda por sacar alguna rueda de algún atolladero, más se ayudan de dos pésetes que de tres mulas. Los marineros son gente gentil, inurbana, que no sabe otro lenguaje que el que se usa en los navíos; en la bonanza son diligentes y en la borrasca perezosos; en la tormenta mandan muchos y obedecen pocos; su Dios es su arca y su rancho, y su pasatiempo ver mareados a los pasajeros. Los arrieros son gente que ha hecho divorcio con las sábanas y se ha casado con las enjalmas; son tan diligentes y presurosos que, a trueco de no perder la jornada, perderán el alma; su música es la del mortero; su salsa, la hambre; sus maitines, levantarse a dar sus piensos; y sus misas, no oír ninguna.

Cuando esto decía, estaba a la puerta de un boticario, y volviéndose al dueño le dijo:

—Vuesa merced tiene un saludable oficio, si no fuese tan enemigo de sus candiles.

—¿En qué modo soy enemigo de mis candiles? –preguntó el boticario.

Y respondió Vidriera:

—Esto digo porque, en faltando cualquiera aceite, la suple la del candil que está más a mano; y aún tiene otra cosa este oficio bastante a quitar el crédito al más acertado médico del mundo.

Preguntándole por qué, respondió que había boticario que, por no decir que faltaba en su botica lo que recetaba el médico, por las cosas que le faltaban ponía otras que a su parecer tenían la misma virtud y calidad, no siendo así; y con esto, la medicina mal compuesta obraba al revés de lo que había de obrar la bien ordenada.

Preguntole entonces uno que qué sentía de los médicos, y respondió esto:

—*Honora medicum propter necessitatem, etenim creavit eum Altissimus. A Deo enim est omnis medela, et a rege accipiet donationem. Disciplina medici exaltavit caput illius, et in conspectu magnatum collaudabitur. Altissimus de terra creavit medicinam, et vir prudens non ab[h]orrebit illam*. Esto dice –dijo– el *Eclesiástico* de la medicina y de los buenos médicos, y de los malos se podría decir todo al revés, porque no hay gente más dañosa a la república que ellos. El juez nos puede torcer o dilatar la justicia; el letrado, sustentar por su interés nuestra injusta demanda; el mercader, chuparnos la hacienda; finalmente, todas las personas con quien de necesidad tratamos nos pueden hacer algún daño; pero quitarnos la vida, sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno. solo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y a pie quedo, sin desenvainar otra espada que la de un récipe. Y no hay descubrirse sus delictos, porque al momento los meten debajo de la tierra. Acuérdaseme que cuando yo era hombre de carne, y no de vidrio como agora soy, que a un médico d'estos de segunda clase le despidió un enfermo por curarse con otro, y el primero, de allí a cuatro días, acertó a pasar por la botica donde receptaba el segundo, y preguntó al boticario que cómo le iba al enfermo que él había dejado, y que si le había receptado alguna purga el otro médico. El boticario le respondió que allí tenía una recepta de purga que el día siguiente había de tomar el enfermo. Dijo que se la mostrase, y vio que al fin d'ella estaba escrito: *Sumat dilúculo*; y dijo: «Todo lo que lleva esta purga me contenta, si no es este *dilúculo*, porque es húmido demasiadamente».

Por estas y otras cosas que decía de todos los oficios, se andaban tras él, sin hacerle mal y sin dejarle sosegar; pero, con todo esto, no se pudiera defender de los muchachos si su guardián no le defendiera. Preguntole uno qué haría para no tener envidia a nadie. Respondiole:

—Duerme; que todo el tiempo que durmieres serás igual al que envidias.

Otro le preguntó qué remedio tendría para salir con una comisión que había dos años que la pretendía. Y díjole:

—Parte a caballo y a la mira de quien la lleva, y acompáñale hasta salir de la ciudad, y así saldrás con ella.

Pasó acaso una vez por delante donde él estaba un juez de comisión que iba de camino a una causa criminal, y llevaba mucha gente consigo y dos alguaciles; preguntó quién era y, como se lo dijeron, dijo:

—Yo apostaré que lleva aquel juez víboras en el seno, pistoletes en la cinta y rayos en las manos, para destruir todo lo que alcanzare su comisión. Yo me acuerdo haber tenido un amigo que, en una comisión criminal que tuvo, dio una sentencia tan exorbitante, que excedía en muchos quilates a la culpa de los delincuentes. Preguntele que por qué había dado aquella tan cruel sentencia y hecho tan manifiesta injusticia. Respondiome que pensaba otorgar la apelación, y que con esto dejaba campo abierto a los señores del Consejo para mostrar su misericordia, moderando y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su punto y debida proporción. Yo le respondí que mejor fuera haberla dado de manera que les quitara de aquel trabajo, pues con esto le tuvieran a él por juez recto y acertado.

En la rueda de la mucha gente que, como se ha dicho, siempre le estaba oyendo, estaba un conocido suyo en hábito de letrado, al cual otro le llamó *Señor Licenciado*; y sabiendo Vidriera que el tal a quien llamaron licenciado no tenía ni aun título de bachiller, le dijo:

—Guardaos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redempción de cautivos, que os le llevarán por mostrenco.

A lo cual dijo el amigo:

—Tratémonos bien, señor Vidriera, pues ya sabéis vos que soy hombre de altas y de profundas letras.

Respondiole Vidriera:

—Ya yo sé que sois un Tántalo en ellas, porque se os van por altas y no las alcanzáis de profundas.

Estando una vez arrimado a la tienda de un sastre, viole que estaba mano sobre mano, y díjole:

—Sin duda, señor maeso, que estáis en camino de salvación.

—¿En qué lo veis? –preguntó el sastre.

—¿En qué lo veo? –respondió Vidriera–. Véolo en que, pues no tenéis qué hacer, no tendréis ocasión de mentir.

Y añadió:

—Desdichado del sastre que no miente y cose las fiestas; cosa maravillosa es que casi en todos los d'este oficio apenas se hallará uno que haga un vestido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores.

De los zapateros decía que jamás hacían, conforme a su parecer, zapato malo; porque si al que se le calzaban venía estrecho y apretado, le decían que así había de ser, por ser de galanes calzar justo, y que en trayéndolos dos horas vendrían más anchos que alpargates; y si le venían anchos, decían que así habían de venir, por amor de la gota.

Un muchacho agudo que escribía en un oficio de Provincia le apretaba mucho con preguntas y demandas, y le traía nuevas de lo que en la ciudad pasaba, porque sobre todo discantaba y a todo respondía. Este le dijo una vez:

—Vidriera, esta noche se murió en la cárcel un banco que estaba condenado ahorcar.

A lo cual respondió:

—Él hizo bien a darse priesa a morir antes que el verdugo se sentara sobre él.

En la acera de San Francisco estaba un corro de ginoveses, y pasando por allí uno d'ellos le llamó, diciéndole:

—Lléguese acá el señor Vidriera y cuéntenos un cuento.

Él respondió:

—No quiero, porque no me le paséis a Génova.

Topó una vez a una tendera que llevaba delante de sí una hija suya muy fea, pero muy llena de dijes, de galas y de perlas; y díjole a la madre:

—Muy bien habéis hecho en empedralla, porque se pueda pasear.

De los pasteleros dijo que había muchos años que jugaban a la dobladilla, sin que les llevasen la pena, porque habían hecho el pastel de a dos de a cuatro, el de a cuatro de a ocho, y el de a ocho de a medio real, por solo su albedrío y beneplácito.

De los titereros decía mil males: decía que era gente vagamunda y que trataba con indecencia de las cosas divinas, porque con las figuras que mostraban en sus retratos volvían la devoción en risa, y que les acontecía envasar en un costal todas o las más figuras del Testamento Viejo y Nuevo y sentarse sobre él a comer y beber en los bodegones y tabernas. En resolución, decía que se maravillaba de cómo quien podía no les ponía perpetuo silencio en sus retablos, o los desterraba del reino.

Acertó a pasar una vez por donde él estaba un comediante vestido como un príncipe, y en viéndole, dijo:

—Yo me acuerdo haber visto a este salir al teatro enharinado el rostro y vestido un zamarro del revés; y con todo esto a cada paso fuera del tablado, jura a fe de hijodalgo.

—Débelo de ser –respondió uno–, porque hay muchos comediantes que son muy bien nacidos y hijosdalgo.

—Así será verdad –replicó Vidriera–, pero lo que menos ha menester la farsa es personas bien nacidas; galanes sí, gentileshombres y de espeditas lenguas. También sé decir d'ellos que en el sudor de su cara ganan su pan con inllevable trabajo, tomando contino de memoria, hechos perpetuos gitanos, de lugar en lugar y de mesón en venta, desvelándose en contentar a otros, porque en el gusto ajeno consiste su bien propio. Tienen más, que con su oficio no engañan a nadie, pues por momentos sacan su mercaduría a pública plaza, al juicio y a la vista de todos. El trabajo de los autores es increíble, y su cuidado, extraordinario, y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan tan empeñados que les sea forzoso hacer pleito de acreedores. Y con todo esto, son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreación, y como lo son las cosas que honestamente recrean.

Decía que había sido opinión de un amigo suyo que el que servía a una comedianta, en sola una servía a muchas damas juntas, como era a una reina, a una ninfa, a una diosa, a una fregona, a una pastora, y muchas veces caía la suerte en que serviese en ella a un paje y a un lacayo: que todas estas y más figuras suele hacer una farsanta.

Preguntole uno que cuál había sido el más dichoso del mundo. Respondió que *Nemo*; porque *Nemo novit Patrem, Nemo sine crimine vivit, Nemo sua sorte contentus, Nemo ascendit in coelum*.

De los diestros dijo una vez que eran maestros de una ciencia o arte que cuando la habían menester no la sabían, y que tocaban algo en presumptuosos, pues querían reducir a demostraciones matemáticas, que son infalibles, los movimientos y pensamientos

coléricos de sus contrarios. Con los que se teñían las barbas tenía particular enemistad; y riñendo una vez delante d'él dos hombres, que el uno era portugués, este dijo al castellano, asiéndose de las barbas, que tenía muy teñidas:

—¡Por istas barbas que teño no rostro...!

A lo cual acudió Vidriera:

—¡Ollay, home, naon digáis teño, sino tiño!

Otro traía las barbas jaspeadas y de muchas colores, culpa de la mala tinta; a quien dijo Vidriera que tenía las barbas de muladar overo. A otro, que traía las barbas por mitad blancas y negras, por haberse descuidado, y los cañones crecidos, le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie, porque estaba aparejado a que le dijesen que mentía por la mitad de la barba.

Una vez contó que una doncella discreta y bien entendida, por acudir a la voluntad de sus padres, dio el sí de casarse con un viejo todo cano, el cual la noche antes del día del desposorio se fue, no al río Jordán, como dicen las viejas, sino a la redomilla del agua fuerte y plata, con que renovó de manera su barba, que la acostó de nieve y la levantó de pez. Llegose la hora de darse las manos, y la doncella conoció por la pinta y por la tinta la figura, y dijo a sus padres que le diesen el mismo esposo que ellos le habían mostrado, que no quería otro. Ellos le dijeron que aquel que tenía delante era el mismo que le habían mostrado y dado por esposo. Ella replicó que no era, y trujo testigos cómo el que sus padres le dieron era un hombre grave y lleno de canas, y que pues el presente no las tenía, no era él, y se llamaba a engaño. Atúvose a esto, corriose el teñido, y deshízose el casamiento.

Con las dueñas tenía la misma ojeriza que con los escabechados: decía maravillas de su *permafoy*, de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindres, de sus escrúpulos y de su extraordinaria miseria. Amohinábanle sus flaquezas de estómago, sus vaguidos de cabeza, su modo de hablar, con más repulgos que sus tocas; y finalmente su inutilidad y sus vainillas.

Uno le dijo:

—¿Qué es esto, señor licenciado, que os he oído decir mal de muchos oficios y jamás lo habéis dicho de los escribanos, habiendo tanto que decir?

A lo cual respondió:

—Aunque de vidrio, no soy tan frágil que me deje ir con la corriente del vulgo, las más veces engañado. Paréceme a mí que la gramática de los murmuradores y el *la, la, la* de los que cantan son los escribanos; porque, así como no se puede pasar a otras ciencias, si no es por la puerta de la gramática, y como el músico primero murmura que canta, así, los maldicientes, por donde comienzan a mostrar la malignidad de sus lenguas es por decir mal de los escribanos y alguaciles y de los otros ministros de la justicia, siendo un oficio el del escribano sin el cual andaría la verdad por el mundo a sombra de tejados, corrida y maltratada; y así, dice el *Eclesiástico*: *In manu Dei potestas hominis est, et super faciem scribe imponet honorem*. Es el escribano persona pública, y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo. Los escribanos han de ser libres, y no esclavos, ni hijos de esclavos: legítimos, no bastardos ni de ninguna mala raza nacidos. Juran de secreto fidelidad y que no harán escritura usuraria; que ni amistad ni enemistad, provecho o daño les moverá a no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes requiere, ¿por qué se ha de pensar que de más de veinte mil escribanos que hay en España se lleve el diablo la cosecha, como si fuesen cepas de su majuelo? No lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea; porque, finalmente, digo que es la gente más necesaria que había en las repúblicas bien ordenadas, y que si llevaban demasiados derechos, también hacían demasiados tuertos, y que d'estos dos estremos podía resultar un medio que les hiciese mirar por el virote.

De los alguaciles dijo que no era mucho que tuviesen algunos enemigos, siendo su oficio, o prenderte, o sacarte la hacienda de casa, o tenerte en la suya en guarda y comer a tu costa. Tachaba la negligencia e ignorancia de los procuradores y solicitadores, comparándolos a los médicos, los cuales, que sane o no sane el enfermo, ellos llevan su propina, y los procuradores y solicitadores, lo mismo, salgan o no salgan con el pleito que ayudan.

Preguntole uno cuál era la mejor tierra. Respondió que la temprana y agradecida. Replicó el otro:

—No pregunto eso, sino que cuál es mejor lugar: Valladolid o Madrid.

Y respondió:

—De Madrid, los estremos; de Valladolid, los medios.

—No lo entiendo –repitió el que se lo preguntaba.

Y dijo:

—De Madrid, cielo y suelo; de Valladolid, los entresuelos.

Oyó Vidriera que dijo un hombre a otro que, así como había entrado en Valladolid, había caído su mujer muy enferma, porque la había probado la tierra.

A lo cual dijo Vidriera:

—Mejor fuera que se la hubiera comido, si acaso es celosa.

De los músicos y de los correos de a pie decía que tenían las esperanzas y las suertes limitadas, porque los unos la acababan con llegar a serlo de a caballo, y los otros con alcanzar a ser músicos del rey. De las damas que llaman cortesanas decía que todas, o las

más, tenían más de corteses que de sanas.

Estando un día en una iglesia vio que traían a enterrar a un viejo, a bautizar a un niño y a velar una mujer, todo a un mismo tiempo, y dijo que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen y las mujeres triunfan.

Picábale una vez una avispa en el cuello, y no se la osaba sacudir por no quebrarse; pero, con todo eso, se quejaba. Preguntole uno que cómo sentía aquella avispa, si era su cuerpo de vidrio. Y respondió que aquella avispa debía de ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes a desmoronar cuerpos de bronce, no que de vidrio.

Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba, dijo uno de sus oyentes:

—De hético no se puede mover el padre.

Enojose Vidriera, y dijo:

—Nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *Nolite tangere christos meos*.

Y subiéndose más en cólera, dijo que mirasen en ello, y verían que de muchos santos que de pocos años a esta parte había canonizado la Iglesia y puesto en el número de los bienaventurados, ninguno se llamaba el capitán don Fulano, ni el secretario don Tal de don Tales, ni el Conde, Marqués o Duque de tal parte, sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo, todos frailes y religiosos; porque las religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos, de ordinario, se ponen en la mesa de Dios.

Decía que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del águila: que roen y menoscaban todas las de las otras aves que a ellas se juntan. De los gariteros y tahúres decía milagros: decía que los gariteros eran públicos prevaricadores, porque, en sacando el barato del que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese y pasase el naipe adelante, porque el contrario las hiciese y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahúr, que estaba toda una noche jugando y perdiendo, y con ser de condición colérico y endemoniado, a trueco de que su contrario no se alzase, no descosía la boca, y sufría lo que un mártir de Barrabás. Alababa también las conciencias de algunos honrados gariteros que ni por imaginación consentían que en su casa se jugase otros juegos que polla y cientos; y con esto, a fuego lento, sin temor y nota de malsines, sacaban al cabo del mes más barato que los que consentían los juegos de estocada, del reparolo, siete y llevar, y pinta en la del punto.

En resolución, él decía tales cosas que, si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban o a él se arrimaban, por el hábito que traía, por la estrecheza de su comida, por el modo con que bebía, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano y el invierno en los pajares, como queda dicho, con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los más cuerdos del mundo. Dos años o poco más duró en esta enfermedad, porque un religioso de la Orden de San Jerónimo, que tenía gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó a su cargo de curar a Vidriera, movido de caridad; y le curó y sanó, y volvió a su primer juicio, entendimiento y discurso. Y así como le vio sano, le vistió como letrado y le hizo volver a la corte, adonde, con dar tantas muestras de cuerdo como las había dado de loco, podía usar su oficio y hacerse famoso por él.

V. Tomás Rueda

Hízolo así, y llamándose el licenciado Rueda, y no Rodaja, volvió a la corte, donde apenas hubo entrado, cuando fue conocido de los muchachos; mas como le vieron en tan diferente hábito del que solía no le osaron dar grita ni hacer preguntas; pero seguíanle y decían unos a otros: «¿Este no es el loco Vidriera? ¡A fe que es él! Ya viene cuerdo. Pero tan bien puede ser loco bien vestido como mal vestido; preguntémosle algo, y salgamos d'esta confusión». Todo esto oía el licenciado y callaba, y iba más confuso y más corrido que cuando estaba sin juicio.

Pasó el conocimiento de los muchachos a los hombres; y antes que el licenciado llegase al patio de los Consejos, llevaba tras de sí más de docientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era más que de un catedrático, llegó al patio, donde le acabaron de circundar cuantos en él estaban. Él, viéndose con tanta turba a la redonda, alzó la voz y dijo:

—Señores, yo soy el licenciado Vidriera, pero no el que solía: soy ahora el licenciado Rueda; sucesos y desgracias que acontecen en el mundo, por permisión del cielo, me quitaron el juicio, y las misericordias de Dios me le han vuelto. Por las cosas que dicen que dije cuando loco, podéis considerar las que diré y haré cuando cuerdo. Yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza y adonde llevé segundo en licencias: de do se puede inferir que más la virtud que el favor me dio el grado que tengo. Aquí he venido a este gran mar de la corte para abogar y ganar la vida; pero si no me dejáis, habré venido a bogar y granjear la muerte. Por amor de Dios que no hagáis que el seguirme sea perseguirme, y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo. Lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi casa, y veréis que el que os respondía bien, según dicen, de improviso, os responderá mejor de pensado.

Escucháronle todos y dejáronle algunos. Volviose a su posada con poco menos acompañamiento que había llevado.

Salió otro día y fue lo mismo; hizo otro sermón y no sirvió de nada. Perdía mucho y no ganaba cosa; y viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse a Flandes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podía valer de las de su ingenio. Y poniéndolo en efeto, dijo al salir de la corte:

—¡Oh corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos, sustentas abundantemente a los truhanes desvergonzados y matas de hambre a los discretos vergonzosos!

Esto dijo y se fue a Flandes, donde la vida que había comenzado a eternizar por las letras la acabó de eternizar por las armas, en compañía de su buen amigo el capitán Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado.

Glosario (notas)

aposentadores. 3. m. Oficial encargado de aposentar las tropas en las marchas. ↩

bagajes. 3. m. Equipaje militar de un ejército o tropa en marcha. ↩

bisoños. 1. adj. Dicho de la tropa o de un soldado: nuevo (principiante). U. t. c. s. ↩

boletas. 2. f. Cédula que se daba a los militares cuando entraban en un lugar, señalando a cada uno la casa donde habían de alojarse. ↩

holguras. 4. f. Regocijo, diversión entre muchos. ↩

maretas. 1. f. Movimiento de las olas del mar cuando empiezan a levantarse con el viento o a sosegarse después de la borrasca. ↩

azogado. 1. adj. Dicho de una persona: Que se azoga por haber absorbido vapores de azogue (= 1. m. *Quím*. mercurio). ↩

alcándaras. 1. f. Percha o varal donde se ponían las aves de cetrería o donde se colgaba la ropa. ↩

alfenicado. *ver* alfeñicarse = 1. prnl. coloq. Afectar delicadeza y ternura remilgándose y repuliéndose. ↩

algalia. 1. f. Sustancia untuosa, de consistencia de miel, blanca, que luego pardea, de olor fuerte y sabor acre. Se saca de la bolsa que cerca del ano tiene el gato de algalia y se emplea en perfumería. ↩

árguenas. 1. f. pl. angarillas (andas para transportar materiales de construcción). En NTLLE = angarillas = Usado siempre en plural. Ciertas varas trabadas entre sí con su asiento en medio, que se llevan entre dos, cuatro o más personas, conforme al peso que se les carga. Como son las de los canteros, en que acarrean piedra y otros materiales. Es voz griega. ↩

bagajes. 3. m. Equipaje militar de un ejército o tropa en marcha. ↩

boquimuelles. 1. adj. Dicho de una bestia de freno: blanda de boca. ↩

churrulleros. 1. adj. charlatán (que habla mucho y sin sustancia). U. t. c. s. ↩

discantaba. 3. tr. p. us. Glosar cualquier materia, hablar mucho sobre ella, comentándola acaso con impertinencia. ↩

enjalmas. 1. f. Especie de aparejo de bestia de carga, como una albardilla ligera. ↩

escabechados. 1. adj. Dicho de una persona: Que se tiñe las canas o se pinta el rostro. ↩

farsanta. desus. Actriz de teatro, especialmente de comedias. ↩

garíteros. 3. m. germ. Encubridor de ladrones. ↩

hético. 3. adj. Muy flaco y casi en los huesos. U. t. c. s. ↩

majuelo. 1. m. viña. ↩

melindres. 1. m. Delicadeza afectada y excesiva en palabras, acciones y ademanes. ↩

mirar por el virote. 1. loc. verb. coloq. Atender con cuidado y vigilancia a lo que importa. ↩

neblíes. 1. m. Ave de rapiña que mide 24 cm desde el pico hasta la extremidad de la cola y 60 de envergadura. Tiene plumaje pardo azulado en el lomo, blanco con manchas grises en el vientre y pardo en la cola, que termina con una banda negra de borde blanco, pico azulado y pies amarillos. Por su valor y rápido vuelo era muy estimado para la caza de cetrería. ↩

pésetes. 1. m. desus. Especie de juramento, maldición o execración. ↩

récipe. 2. m. coloq. Receta médica. ↩

redomilla. *ver* redoma = 1. f. Vasija de vidrio ancha en su fondo que va estrechándose hacia la boca. ↩

repulgos. 1. m. Pliegue que como remate se hace a la ropa en los bordes; 2. m. Punto pequeño y espeso con que se cosen a mano algunos dobladillos; 5. m. coloq. Recelo e inquietud de conciencia que siente alguien sobre la bondad o necesidad de algún acto suyo. ↩

titereros. 1. m. y f. titiritero (persona que maneja los títeres). ↩

zamarro. 1. m. zamarra (prenda de vestir). ↩

abogar. 1. intr. Defender en juicio, por escrito o de palabra. ↩

dar grita. dar ~. 1. loc. verb. Mofarse o burlarse de alguien a gritos. ↩

Glosario

31 entradas. Cada palabra enlaza a su primera aparición en el texto.

abogar. 1. intr. Defender en juicio, por escrito o de palabra.

alcándaras. 1. f. Percha o varal donde se ponían las aves de cetrería o donde se colgaba la ropa.

alfenicado. *ver* alfeñicarse = 1. prnl. coloq. Afectar delicadeza y ternura remilgándose y repuliéndose.

algalia. 1. f. Sustancia untuosa, de consistencia de miel, blanca, que luego pardea, de olor fuerte y sabor acre. Se saca de la bolsa que cerca del ano tiene el gato de algalia y se emplea en perfumería.

aposentadores. 3. m. Oficial encargado de aposentar las tropas en las marchas.

árguenas. 1. f. pl. angarillas (andas para transportar materiales de construcción). En NTLLE = angarillas = Usado siempre en plural. Ciertas varas trabadas entre sí con su asiento en medio, que se llevan entre dos, cuatro o más personas, conforme al peso que se les carga. Como son las de los canteros, en que acarrean piedra y otros materiales. Es voz griega.

azogado. 1. adj. Dicho de una persona: Que se azoga por haber absorbido vapores de azogue (= 1. m. *Quím*. mercurio).

bagajes. 3. m. Equipaje militar de un ejército o tropa en marcha.

bisoños. 1. adj. Dicho de la tropa o de un soldado: nuevo (principiante). U. t. c. s.

boletas. 2. f. Cédula que se daba a los militares cuando entraban en un lugar, señalando a cada uno la casa donde habían de alojarse.

boquimuelles. 1. adj. Dicho de una bestia de freno: blanda de boca.

churrulleros. 1. adj. charlatán (que habla mucho y sin sustancia). U. t. c. s.

dar grita. dar ~. 1. loc. verb. Mofarse o burlarse de alguien a gritos.

discantaba. 3. tr. p. us. Glosar cualquier materia, hablar mucho sobre ella, comentándola acaso con impertinencia.

enjalmas. 1. f. Especie de aparejo de bestia de carga, como una albardilla ligera.

escabechados. 1. adj. Dicho de una persona: Que se tiñe las canas o se pinta el rostro.

farsanta. desus. Actriz de teatro, especialmente de comedias.

gariteros. 3. m. germ. Encubridor de ladrones.

hético. 3. adj. Muy flaco y casi en los huesos. U. t. c. s.

holguras. 4. f. Regocijo, diversión entre muchos.

majuelo. 1. m. viña.

maretas. 1. f. Movimiento de las olas del mar cuando empiezan a levantarse con el viento o a sosegarse después de la borrasca.

melindres. 1. m. Delicadeza afectada y excesiva en palabras, acciones y ademanes.

mirar por el virote. 1. loc. verb. coloq. Atender con cuidado y vigilancia a lo que importa.

neblíes. 1. m. Ave de rapiña que mide 24 cm desde el pico hasta la extremidad de la cola y 60 de envergadura. Tiene plumaje pardo azulado en el lomo, blanco con manchas grises en el vientre y pardo en la cola, que termina con una banda negra de borde blanco, pico azulado y pies amarillos. Por su valor y rápido vuelo era muy estimado para la caza de cetrería.

pésetes. 1. m. desus. Especie de juramento, maldición o execración.

récipe. 2. m. coloq. Receta médica.

redomilla. *ver* redoma = 1. f. Vasija de vidrio ancha en su fondo que va estrechándose hacia la boca.

repulgos. 1. m. Pliegue que como remate se hace a la ropa en los bordes; 2. m. Punto pequeño y espeso con que se cosen a mano algunos dobladillos; 5. m. coloq. Recelo e inquietud de conciencia que siente alguien sobre la bondad o necesidad de algún acto suyo.

titereros. 1. m. y f. titiritero (persona que maneja los títeres).

zamarro. 1. m. zamarra (prenda de vestir).